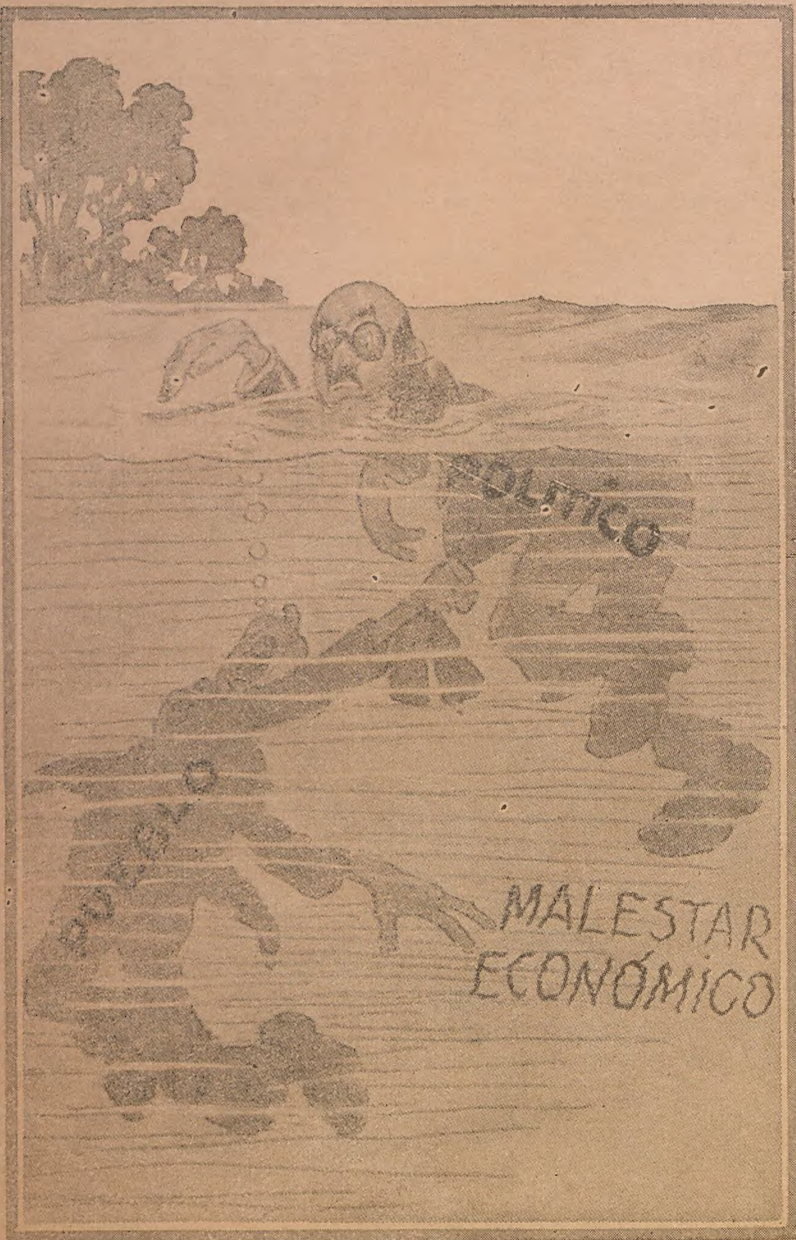
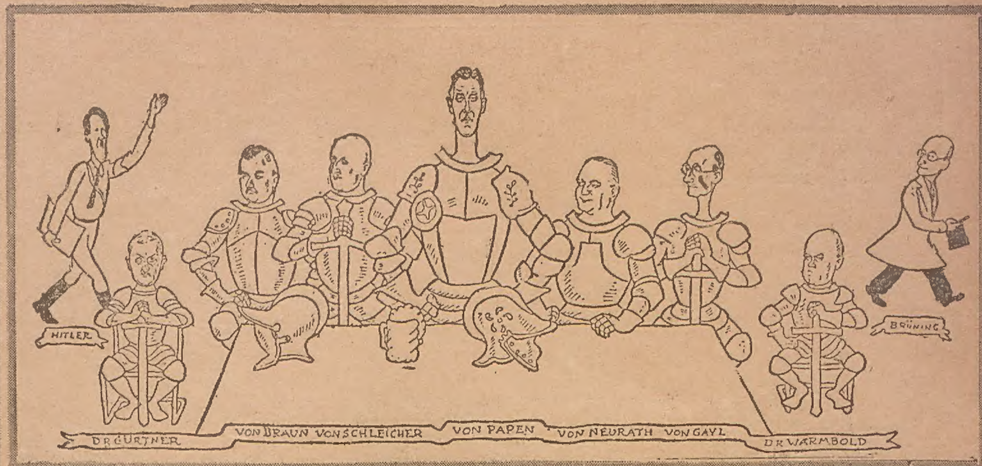

Mundo
ntino
"Irma enrojece como de costumbre cuando se le dirige la palabra, mas no demuestra temor.
—No, señor —responde;— ahora no temo. Papá está muy enfermo, y el médico dijo que cualquier ruido puede serle fatal. Así que mamá no me pegará, porque si ella me pega yo grito, y si yo grito, papá se muere.
Marcos Guevara miró un instante a Irma. ¿Debería decir algo? ¿Cuál era su deber frente a esa almita de siete años?"
De la novela corta de ambiente nacional
Un MAESTRO sin TITULO
De
Aristóbulo Echegaray
En este número:
Los dueños del mundo: Basilio Zaharoff, el hombre misterioso de Europa
20 centavos en toda la República

El espejo de la OPINION PUBLICA *en el* PAIS *y en el* EXTRANJERO



1 **REPUBLICA ARGENTINA**
El Pueblo. — Si yo me voy al fondo, tú también te ahogarás.



2 **ALEMANIA**
Este es el ministerio pacifista de von Papen.
(De "Dagens Nyheter", Estocolmo.)



3 **LO DE CHINA Y EL JAPON**
Una nueva técnica comercial
(De "Boston Herald")



4 **INGLATERRA**
La libra esterlina. — A fin de no olvidarnos de nuestra vinculación de oro, tratemos de subsanar las pequeñas diferencias que nos separan.
(De "Punch", Londres)

El BALANCE *de la* POLITICA MUNDIAL

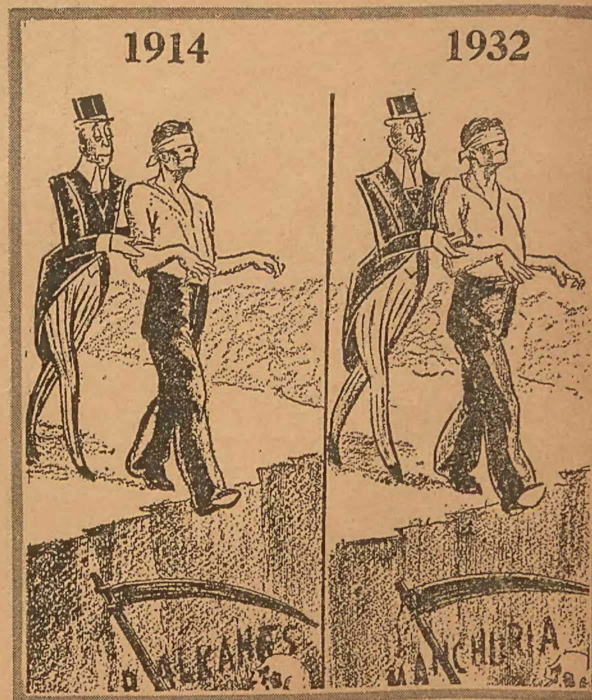
Nuestro pueblo, sumergido en el malestar económico, hace (1) desesperados esfuerzos por salir a la superficie, y si no consigue su objeto y se hunde, no sólo él perecerá, sino **también los políticos que contribuyeron a hundirlo en el mar donde se agita angustiosamente.**

El gabinete que preside von Papen (2), aunque otra cosa parezca, es **esencialmente militarista y da la impresión de que sus hombres no son muy afectos a las ideas pacifistas**, de las que el mundo tanto necesita en estos momentos.

Las hostilidades del Japón contra China (3), que no han cesado absolutamente, **responden al plan de obligar a este país a que los artículos japoneses tengan ciertas franquicias** para ser introducidos en mayor escala.

Para mejorar el valor de la libra esterlina (4), a Inglaterra le conviene ponerse de acuerdo con Alemania y Francia, zanjando las diferencias que las separan. Sólo así es posible que se resuelva el malestar económico de Europa.

En 1914 fueron los Balcanes el abismo (5) donde acechaba la muerte a los pueblos, ya que de él partió el incendio de la gran guerra. En 1932 se ha abierto otro abismo: el de la Manchuria. **¿Y seguirán los pueblos haciendo caso de los estadistas que los llevan con engaños a morir en él?**



5 **LOS DOS ABISMOS**
El estadista al pueblo. — Sigue adelante, que el camino es llano y seguro..
(De "The New Leader", Londres)



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029



FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXII — BUENOS AIRES, AGOSTO 10 DE 1932 — NÚM. 1125

GUERRA *en* AMÉRICA

La palabra terrible acaba de sonar, también, bajo los cielos americanos. Un ridículo pleito de tierras — no hay que olvidar que vivimos en el continente de las tierras inmensas — ha bastado, a esta altura del siglo, para encender la chispa en el mismo corazón de América. Asistimos, desconcertados, a un espectáculo absurdo y doloroso. Un rumor de armas que viene del Norte, un rumor de armas que repugna a nuestra condición de pueblo civil y trabajador, acrecienta, día a día, su realidad amenazante. Dos pueblos hermanos están frente a frente, ya salpicados de sangre bélica. Nos encontramos ante al derrumbe de una gran esperanza. Y, como la vida misma, sentimos que nos es indispensable, en medio del deconocido estupor que nos domina, gritar nuestra indignación, y expresar nuestra protesta.

Muchas veces, en la historia de América, la cuestión limítrofe ha agotado los recursos diplomáticos. Muchas veces nuestros pueblos, llevados más que de un claro concepto internacional, de las conveniencias de la política interna, se han sentido enardecidos y han clamado, inocentemente, por la destrucción del hermano. Pero ello no ha sido sino por breve tiempo. El sosiego del buen sentido se ha impuesto a la postre, y el arbitraje ha dirimido todos los entredichos, desde las tierras aztecas hasta nuestro suelo.

Un rápido vistazo a nuestra historia, en lo que va de este siglo, nos hará reparar en los litigios entre Ecuador y Perú, Bolivia y Perú, Colombia y Ecuador, y Chile y Perú, para no referirnos sino a los más graves. En todos ellos, no obstante la tirantez a que por momentos se llegó, se impuso a la postre el sometimiento del problema limítrofe al laudo arbitral. Y siempre, hasta en el reciente caso de Perú y Chile — único verdadero lunar que amenazaba la paz americana, — la armonía sucedió al arrebato y el amor fraterno al injustificado denuesto.

El caso de Paraguay y Bolivia empaña la serenidad de nuestros cielos, tras largos años de paz. La idea de la guerra, que tan fundamentalmente se modificó a raíz de la tragedia de 1914, parecía desvanecida para siempre en nuestro continente. Sin embargo, ha bastado una simple cuestión limítrofe para traerla repentinamente a la actualidad, y en forma tal, que ya las tierras en disputa han sido teatro de sangrientos combates.

A las selvas del Chaco, formidable manifestación de vida americana, ha llegado, de pronto, la muerte con arreos militares. El olor de la pólvora se ha extendido sobre aquel otro, poderoso, de la tierra virginal en que la vegetación no tiene trabas. El cañón ha expresado su atronadora brutalidad. Y los árboles seculares y los pájaros y las pequeñas bestias han de haberse quedado mudos e inmóviles ante semejante medio de destrucción.



Hombres del altiplano, rojos de oxígeno, jóvenes serranos de sangre rica, han descendido a la tierra tropical, movidos por la mano de la muerte. Bajo el sol ardiente, entre los mosquitos portadores de la fiebre selvática, cumplirán con su deber de soldados, y caerán más que bajo el plomo enemigo, diezmados por las enfermedades. Hombres de la selva, amarillos de piel, enjutos de carnes, ascenderán fatigosamente las empinadas cordilleras y caerán bajo el rigor del frío y el aire de la altura, antes que bajo los fusiles adversarios. Es, pues, esta una guerra casi imposible físicamente, e intolerable desde el punto de vista espiritual. Paraguay y Bolivia simbolizan a toda América en la topografía y en el clima. De un lado, la maravilla del trópico; del otro, el asombro de la cumbre: ¿cómo es posible que se enfrenten, movidos por el odio y el afán de destrucción?...

No lo permitirá América. No lo permitirá el mundo. La humanidad ha llegado a un punto culminante en su razón de existir, y demasiados y complejos son los problemas de índole fundamental que la aquejan, para permitir que pequeños intereses acrecienten el fardo de su angustia. La realidad pacífica y vital de nuestro continente tiene que cuadrarse frente a los pueblos belicosos. América no es otra cosa que una gran madre. Y está en la obligación de aplicarles el correctivo necesario a los hijos que quieren seguir un camino equivocado e indigno.

Manos, pues, a la obra.

QUE la felicidad, o al menos un exceso de felicidad, puede inducir al hombre a cesar voluntariamente en sus actividades vitales, no es un misterio para nadie, al menos para nadie que se interese en el "problema psicológico". Cuando uno es desgraciado, se obstina en vivir para ver si viviendo le cambia a uno la suerte. Ese es el misterio del arraigo que los enfermos y los mendigos tienen en la vida. Cuando se es feliz, ¿qué puede esperarse que no venga a amenguar los dones recibidos, al menos con la natural merma del tiempo? He aquí dos casos concretos, dos casos de hombres que renunciaron a la vida por exceso de felicidad.

En dos breves relatos nos presenta nuestra colaboradora la demostración de que muchas veces la felicidad, el exceso de dicha, puede provocar la tragedia, así como comúnmente la causa la adversidad. Toda exageración tiende a desequilibrar la naturaleza humana, y es así cómo, cuando uno de los platillos baja demasiado, se produce el desnivel que nos trastorna y nos lleva hasta anularnos por nuestra propia mano.

LA FELICIDAD Y EL SUICIDIO

Dos cuentos breves De PILAR DE LUSARRETA

PRIMER CASO

BREVE HISTORIA DE UN SANSÓN MODERNO

El cuerpo, aún caliente, se encontró en un cuartucho de hotel de ínfimo orden. El suicida había arrancado, borrado o descosido todas las iniciales de su ropa. Estaba completamente vestido, no llevaba encima ningún documento de identidad y su cráneo estaba pelado y reluciente, blanco, con esa blancura verdosa de los desangrados. En la mesa de noche, apoyado en el botellón del agua (ese botellón de agua que nunca se bebe y se cambia muy poco) había un sobre: "Para el juez."

Y la carta decía así:

"Como frecuentemente sufría constipados nasales a causa de mi calvicie prematura, hace un par de años mandé hacer, en casa de un artista del género, una peluca con que cubrir la desnudez hereditaria de mi cráneo (mi padre fué calvo, mi abuelo también, aunque a éste le conocí viejo, lo que justifica el despojo capilar de su testa). ¡Ah, señor juez!; ese hecho simple, encargar un bisoñé, fué el comienzo de una complicada red de embustes, en la cual me he visto preso, como la mosca en la acreditada tela de araña, como el gladiador en las apretadas mallas de la red.

"Por entonces me enamoré y fuí correspondido. ¿Ha sido usted amado, apasionadamente amado por una mujer, señor juez? Quisiera que sí, para evitarme la difícil expresión de esa dicha incomparable. (Supongo, pues, que su digna consorte le ama, y sigo, porque quiero acabar conmigo antes de que salga el sol, y ya son las tres y veinticinco.) Confieso que en el exceso de felicidad olvidé mi peluca, y sólo después de casado, cuando sentado con mi flamante esposa al borde del tálamo contemplaba embriagado la blancura de fruta tierna de sus hombros desnudos, cuando — lo tengo que decir, sí — después de besarla apasionadamente, me disponía a despegarme el bisoñé para entregarme a las delicias del reposo, mi tierna mujercita me echó un brazo al cuello, me puso su mano sobre el occipucio y exclamó en un transporte: "Te amo, Fulano (omito mi verdadero nombre por discreción y por modestia): te amo, y si me enamoré así de ti, es porque tienes una cabellera divina. ¡Qué más quisiera John Barrymore tener una igual!"

"Como tiembla el arbolillo tierno al soplo del vendaval, como el corzo perseguido o la bailarina de rumba, así temblé entonces. ¿Qué enamorado habría tenido bastante valor para confesar su falta? Fuí cobarde y callé; y mi esposa se durmió acariciándome los cabellos...

"Y pasó el tiempo. ¿Creerá usted que con él cayó sobre el fuego de nuestra mutua pasión la ceniza de la costumbre? No. Como el primer día seguimos amándonos. Mi esposa sigue prendada de mis cabellos negros como el ala del cuervo, ondulados, brillantes. Suspira porque supone que el tiempo, implacable, mudará su color... Yo, ¡ay!, sé que no cambiarán nunca. Pero, ¡qué tortura cotidiana representa para mí esa peluca enternamente adherida a mi cráneo mondo!

"¿Comprende alguien las torturas, las dudas, los peligros cotidianos a que esta mentira me tiene sometido? Cada vez que el ondulado de mis cabellos, o su brillo, o su suavidad decae, he de fingir un viaje que me dé libertad de dejar mi cuero cabelludo en la peluquería. Mi mujer, que es perspicaz, ha comenzado ya a notar que después de cada uno de ellos, mi melena embellece. Pues, ¿y cuando necesito lavarme la cabeza, la legítima cabeza pelada, escondida bajo el bisoñé? No hay lugar que me parezca bastante oculto ni discreto para realizar esta función cotidiana que cada ciudadano puede ejecutar libremente en su cuarto de baño. Y no hace mucho tiempo creí que todo habría de descubrirse, porque habiéndome dado un golpe en el borde de un mueble, cerca de la coronilla, mi esposa, que se apresuró a ponerme compresas de agua salada, no logró descubrirme la herida. Si quedasen aún algunas tribus de descabelladores, no dude usted que me sacrificaría, haciéndome arrancar la peluca, con tal de dar a mi lamentable calvicie cierto sabor trágico, sentimental, que la aureolase a los ojos de mi conyuge. Pero esto es una ilusión.

"No puedo más, soy demasiado dichoso para atreverme a afrontar la disminución de mi felicidad, viendo en los ojos grises de mi esposa un destello de compasión o de desdén; no quiero verme disminuído a sus adorables pupilas ni en un cabello, cuanto menos en un cuero cabelludo. Vivir lejos de ella, me es imposible; continuar a su lado, es un constante peligro. Por eso, señor juez, he decidido borrarme del número de los vivos, desde el anónimo, sin que ella llegue jamás a sospechar la verdad.

"No se culpe, pues, a nadie de mi muerte; a nadie si no es al artista peluquero que me hizo tan hermoso el peluquín."



Después el matrimonio fué bendecido por el nacimiento de una niña continuadora de los encantos maternos...

SEGUNDO CASO

EXCESO DE BENDICIONES

Tomaso Tomanelli llegó a Nueva York poco después de la guerra en la tercera del "Vitore Emmanuele". Tenía los ojos negros, el cabello ensortijado, el color maduro de la terracota. Vestía una camiseta rayada de azul, un pantalón de pana y una raída chaqueta de lo mismo. Teresina, en cambio, su compañera, iba mucho mejor ataviada: tenía una falda de raso verde, una chaqueta de terciopelo morado y un birretillo rojo. Alrededor de su cintura, un anillo de cuero la sujetaba a una cadena, lo bastante larga para que Teresina pudiera hacer maromas en las barandilas de la borda. Cuando había tormenta era preciso, sin embargo, sacarla de allí, porque su carita minúscula revelaba un espanto casi humano, y sus tristes ojillos llorosos miraban despavoridos. Teresina era una de esas monas a las que un castigo metódico y al-

gunos terrones de azúcar enseñan a bailar y pasar el platillo, y que acompañan a los músicos ambulantes. Porque Tomaso Tomanelli era eso, un organillero modesto, pero sentimental. En Catania quedaban la Bárbara, su anciana madre, y Simonetta, su prometida.

¡Catania, suelo ardiente y maravilloso bajo la promesa azul del cielo y la amenaza avasalladora del Etna, morada de gigantes y nido de titanes! Tomaso Tomanelli se prometió volver al cabo de dos años, cuando hecha una fortuna, pudiese comprar a su madre la hipotecada heredad, y cumplir a Simonetta la palabra empeñada. Al cabo de cuatro años de permanencia en América, Tomaso Tomanelli comprendió que volver a Catania era una tontería. La vida se ganaba con desahogo en Nueva York. Y como era hombre serio y amaba tiernamente a su prometida, mandó poderes y contrajo enlace de un continente a otro, prometiendo mandar brevemente el importe del pasaje. Al fin, la patria la lleva uno en el corazón. Y pasaron cuatro años más. Naturalmente, el matrimonio no había tenido hijos (Simonetta era una joven honesta). Y como los vecinos y parientes comenzaban a murmurar, tras de un consejo de familia y la firma de un documento cediendo por el importe del pasaje su derecho a la exigua herencia paterna, Simonetta fué embarcada rumbo a América, entre lágrimas y promesas.



Tomanelli adoraba a sus hijos; los primeros pasos de uno, el gracioso balbuceo de la otra, los berridos enérgicos de los mellizos afirmaban en su corazón el dulce y serio sentimiento de la paternidad.

Por entonces, habiendo abandonado el organillo, Tomaso Tomanelli se dedicaba a la pequeña especulación. Su esposa no le hubiera reconocido jamás ni concedido sus favores — actualmente llevaba los cabellos rapados, usaba un bigotillo pequeño y tenía reloj y cadena de oro, — a no ser por una verruga como un zarcillo que adornaba el lóbulo de su oreja izquierda.

Once meses después de su llegada y nueve meses justos después del reconocimiento de la verruga, Simonetta dió a luz un robusto infante que colmó la dicha de los esposos. La fortuna coronaba de un buen éxito brillante, como una aureola, las operaciones bursátiles de Tomanelli. Simonetta se cortó los cabellos y aprendió a decir "yes". Esta conquista idiomática la hizo olvidar la patria.

Poco tiempo después, el matrimonio fué de nuevo bendecido por el nacimiento de una niña, continuadora de los encantos maternos: los esposos se estrecharon las manos y se sonrieron sobre la cuna, y pasaron muchas noches en vela, a causa de la dentición incipiente del primero de sus hijos. El invierno fué muy frío aquel año, y Simonetta, que ya comenzaba a sentir los síntomas de una tercera maternidad, sufrió un quebranto de salud que obligó al marido a gastar sus pequeños ahorros. La tercera bendición no se hizo esperar y colmó la dicha de los esposos; fué una bendición doble, y Tomanelli se encontró a los tres años y medio "de casado", padre de cuatro niños. Pero los mellizos no gozaban de buena salud; hubo que tomar un ama para su crianza, porque el organismo de su mujer estaba fatigado, y que pensar en mudarse de casa, porque su pequeño departamento céntrico y primoroso, resultaba exiguo (además, no se permitía en él más de tres niños por pareja).

Tomanelli adoraba a sus hijos; los primeros pasos del uno, el gracioso balbuceo de la otra, los berridos enérgicos de los mellizos afirmaban en su corazón el dulce y serio sentimiento de la paternidad; y cuando ya mudado a una casita de las afueras, Dios volvió a acordarse de bendecir por quinta vez su unión matrimonial, Tomanelli sonrió, no se sabe aún si con alegría o con sarcasmo. Entonces su primogénito mostró los síntomas del sarampión; fué inútil aislarlo de sus hermanos; unos después de otros, la niña, los gemelos y el recién nacido, tuvieron altas temperaturas y ronchas rojizas en la piel. Tomanelli contrajo deudas y su esposa el hábito de no peinarse puntualmente y de lamentar su falta de recursos para consultar buenos médicos y pasar una temporada de campo reponiendo la salud de sus hijos adorados. Constantemente Simonetta acuciaba al marido para que hallase medios de acrecentar su peculio, y éste comenzó a especular fuerte, justamente poco antes del último pánico de Wall Street. Tomanelli, devorado por las necesidades y las deudas, vió con espanto bendecido por sexta vez su matrimonio; vió llegar otro niño aún dispuesto como los anteriores, a echar los dientes, a llorar por las noches, a tener sarampión, a necesitar médico y medicinas, aire de mar y ropas de abrigo.

Una neurastenia aguda comenzó a minar los nervios del padre feliz; de noche despertaba acosado por pesadillas, en que una interminable hilera de niños le reclamaba con sus gracias pueriles.

Y cuando el viernes último, al volver a su casa, al anochecer, tras de un día penoso pasado bajo la lluvia, Tomanelli fué calurosamente felicitado por un desconocido que se bajaba las mangas de la camisa en el vestíbulo de su casa, y que le decía: "Una niña robusta", corrió al patio trasero, se puso de rodillas y dijo: "¡Señor, maldíceme!"

La mañana primaveral, lluviosa y triste develó el misterio de aquella petición: Tomaso Tomanelli pendía rígido, a una cuarta del suelo. Se había ahorcado con sus propios tiradores desde un gancho del toldo. Una vecina que lo vió dijo gráficamente que tenía la boca "llena de lengua"...

LOS DUEÑOS DEL MUNDO: BASILIO ZAHAROFF,

Basilio Zaharoff fué uno de los dueños del mundo. Hijo de esta época del maquinismo, de la fiebre de las grandes industrias y de las ambiciones insaciables, este hombre de una tremenda energía puede parangonarse con los grandes triunfadores: Deterding, el rey del petróleo; Pierpont Morgan, banquero del mundo; Ivar Kreuger, el rey de los fósforos, que se suicidó recientemente; Ford, el rey de los automóviles económicos; Bata, el rey del botín, o Heineman, rey de la electricidad. Zaharoff recorrió los Balcanes llenando los arsenales con máquinas mortíferas, haciendo espléndidos negocios a expensas de miles de montenegrinos, servios, griegos y turcos, que se mataron entre sí. Y Zaharoff, en fin, realiza su más grande sueño cuando estalla la gran guerra en 1914, donde murieron millones de hombres con las armas que él vendió a unos y otros. Nuestro colaborador Pablo Suero, que tuvo oportunidad de verlo últimamente en su parque de Mónaco, amarrado por la parálisis a su sillón de ruedas, nos brinda una nota muy documentada y henchida al mismo tiempo de calor humano.

•

Ya anciano, el incansable Zaharoff, por hacer algo, invierte unos millones en la Sociedad de Baños de Mar de Montecarlo, en el momento que una grave crisis aflige al principado y al Casino, de cuyas rentas vive aquél. Con su carácter autoritario, quiere hacer y deshacer, y explota las salas trágicas del Casino donde el fantasma del suicidio ha aparecido tantas veces.

ZAHAROFF!... Yo, que no había visto más que retratos suyos, lo reconocí en seguida. Pertenece a esa clase de hombres de anonimato imposible. Detrás del nombre ocasional del incógnito veis en seguida que está él. Alguien que ultrapasa el denominador común. Una fuerza más que un hombre.

Desde Niza la bella, en uno de esos "autocards" que recorren la Costa Azul, partiendo del "Quai des Etats Unis", me había dado ese día por ir a Montecarlo. Dejando atrás la Niza vieja de los pescadores, que tiene tanto de Nápoles, pasando por Villafranca, con su bahía adormecida y sus naranjos, que al pasar en el vehículo os acarician, siempre costeando el mar, azul y quieto como el cielo en ese día, hasta parecer el ancho espejo en que la altura se mirase y que sólo se desflecaba en juguetona espuma en los acantilados de los Cap, llegó el inmenso coche a esa ciudad de cuento de hadas que es Montecarlo. En la avenida de Bellas Artes, frente al suntuoso Casino, iba ya a meterme en el célebre "tripot", cuando mirando la diáfana luz del día y respirando la suave brisa me sentí arrepentido de haber pensado un momento dejar aquel paraíso. No hay medio mejor de conocer las ciudades que perderse en ellas. Así nos perdimos Edmundo Guibourg y yo una noche lluviosa en Roma, y la luz de los reverberos de las madonas, la canción de las fontanas y el maullido de los gatos entre las columnas grises del Foro Romano, nos revelaron el misterio de la Ciudad Eterna más que todos los Baedekers y todos los tratados de historia.

Y así me perdí por las calles de Mónaco y de Montecarlo, ciudades jardines donde en cada bocacalle,



Poco tiempo antes de que la parálisis lo clavara en un sillón, el hombre misterioso de Europa gustaba de tomar el sol en su parque de Montecarlo, sin más compañero que su bastón.

el HOMBRE MISTERIOSO de EUROPA

Una nota de PABLO SUERO

tras cada rosal o cada árbol ve uno el mar azul besando la playa, el malecón o la vertiente del monte.

Subiendo por calles pinas, llenas de palacetes y de chalets por entre cuyas verjas asomaban las flores y las ramas, me hallaba en las alturas de Beausoleil, paraje de ensueño. Me había detenido ante un hermoso parque, al fondo del cual se alzaba una magnífica mansión de un vago estilo Renacimiento. Por una de las sendas del parque, cerca de la puerta, venía un cochecillo de enfermo que hacía rodar un criado. En el cochecillo, un hombre viejo, de rasgos singularmente enérgicos, de cabellos, bigote y barbilla en punta canos; daba órdenes a un jardinero que iba a respetuosa distancia, señalando los canteros con un bastón que esgrimía con mano trémula. El grupo se hallaba cerca de la verja de entrada y casi frente a la calle, de modo que pude verle bien. Algo me detenía allí como hipnotizado. Mi subconciencia hurgaba en el hatillo de los recuerdos.—Yo conozco a ese hombre,—pensaba. De pronto, sus ojos, unos ojillos penetrantes y fijos, dos puntos luminosos entre la nevada zarza del entrecejo fruncido, repararon en mi curiosidad impertinente.

Se revolvió en el sillón, dándome la espalda, y oí claramente su voz aguda, irritada, ordenando:

—¡Continuez!

Y el cochecillo se alejó por el sendero que la ramazón de los árboles sombreaba.

Yo permanecía allí clavado, sin lograr asir el recuerdo que me obsesionaba. De pronto, casi a mi lado, una puertecita de hierro se abrió gimiente y salió por ella un mocetón con canasto al brazo.

—¿Quién vive aquí? — pregunté al proveedor.

—M. Zaharoff.

Y entonces recordé...



A los setenta y cinco años contrajo enlace Zaharoff con la duquesa de Marchena. Ella contaba sesenta y falleció dos años después de haberse casado.

ZAHAROFF DESEMPEÑO LOS MAS HUMILDES EMPLEOS

Pocos meses antes de este extraordinario encuentro — el mundo es un pañuelo — había leído un libro apasionante como una novela y en el que se relataba la vida fabulosa de Sir Basil Zaharorr ("Zaharoff l'europeien mysterieux", de Lewinsohn). Ese libro y un interesante estudio de Xavier de Hauteclocque — de donde tomo los datos de este artículo — despertaron en mí la afición por estudiar las vidas de estos hombres excepcionales, cuyo origen es casi siempre mísero y que llegan a veces, como Zaharoff, a violentar el destino de los pueblos, de la misma civilización, imponiéndole aquel que es fruto de sus cálculos, de sus conveniencias, de sus delirios ambiciosos.

Zacharías Basileios Zaharoff nació en Moughla (Asia Menor), el 6 de octubre de 1849. Tiene, pues, en la actualidad más de ochenta y dos años. Sus padres son humildes comerciantes de origen griego. Años después, la familia se ha instalado en Tatavla, barrio griego de Constantinopla. Basilio es un pillete que vaga rotoso por los muelles del Bósforo. Pera, barrio de los europeos, lo atrae. Tiende ya a salir de su esfera, de esos antros en que viven los griegos en la cruel y sensual ciudad del Cuerno de Oro. Un inglés lo encuentra inteligente y consigue su admisión en un colegio, donde lo educan por caridad. Al abandonar el colegio, trabaja en varios oficios, sin salir de la miseria. Es empleado en una casa de cambio, bombero, guía de turistas, de esos que acosan al viajero en la puerta de los grandes hoteles. Habla varias lenguas, es despierto, audaz y hermoso. Un tío suyo, comerciante en géneros del barrio de Gálata, lo toma a su cargo en su comercio. Le promete beneficios que al final no le acuerda, y Basilio, a quien ya Constantinopla le queda pequeña para su desmedida ambición, roba en la caja de su tío y se embarca para Inglaterra. Y el hombre que un día va a ser multimillonario, que alternará con reyes y dispondrá del destino de los pueblos, es detenido en Londres y procesado por robo ante el tribunal de Old Bailey, que falto de pruebas, lo liberta.

Pero después de este accidente la vida en Londres no se le antoja amable, y emigra a Atenas. Allí vive, en apariencia, de la protección de un influyente amigo político, el señor Skoloudis, que más tarde será ministro, y del dueño del Hotel Grand Bretaña, señor Lampsas. Pero, al parecer, de lo que vive en verdad es de la protección de algunas damas, pues no hay que olvidar que se le llama el "bello Basilio".

UN CAPITULO DE ROCAMBOLE

Misteriosamente — el misterio embozará en adelante todos los actos de su vida — emprende de nuevo viaje a Inglaterra. Y a poco de su partida, los diarios de Atenas publican una extraña noticia, según la cual "un tal Basilio Zaharoff, encarcelado por robo en la prisión de Garbola, mató a un centinela para huir y fué a su vez muerto por la guardia de la cárcel". Pero nuestro Basilio se encuentra al mismo tiempo en Londres, de donde no tarda en volver a Atenas. Mas ahora el aventurero desdeñado, que vive de inconfesables expedientes, ha puesto el pie firme en la ruta de la que ya no se apartará, y que lo llevará a la situación prominente con que sueña. Zaharoff, el harapiento muchacho de los muelles del Bósforo, el cicerone parlanchín, el "bel ami", se ha convertido de pronto en el representante de una de las más fuertes fábricas inglesas de armas. La Sociedad Nordenfeldt (artillería pesada y de campaña, revólveres, municiones de todos los calibres, submarinos, etc.). Es el 14 de octubre de 1877. —¿Cómo alcanza nuestro hombre esta misión — se pregunta Lewinsohn,—que exi-



He aquí la expresión enérgica y resuelta del hombre que fué uno de los magnates de la industria mundial. Ganó millones y jamás se preocupó de las víctimas que dejaba en el camino.

(Continúa en la página 20)

Un MAESTRO



I

ESTABA sin trabajo. No es necesario decir más. Se ha dicho, repetido y vuelto a repetir la tragedia de no tener trabajo. En castellano, en inglés, en alemán, en ruso, en todas las lenguas, en todas las formas, en todos los estilos es un "leiv motif" manoseado como un lugar común. Todos, quiénes más, quiénes menos, le conocemos: las horas se gastan en vano recorriendo comercios, empresas, oficinas, personas influyentes, y uno sigue sin trabajo.

La mujer nos mira llegar por la noche y uno deja caer, ocultando los ojos, cualquier mentira sedante; pero no encuentra la mentira que pueda aceptar el corazón cuando los ojos claros del hijo piden un juguete y miente también que lo traerá mañana. Y mañana, a lo mejor, no le podrá traer ni el pan.

Estaba sin trabajo. Precisamente el día anterior le había fracasado la recomendación del teniente coronel Egueri, con la que había intentado lograr un puesto cualquiera — el más humilde — en el Correo o el Telégrafo Nacional.

Había sido soldado de Egueri cuando su lejana conscripción, y una mañana lo encontró en el subterráneo del Anglo. El militar lo reconoció y dirigió la palabra:

— ¿Cómo está, Guevara?... Pasan los años, pero aún recuerdo su nombre, ¿no?

— En efecto, señor Egueri.

No había podido decir como antes: "Mi teniente coronel." ¿Mi teniente coronel? ¡Ah! Ya lo dijo Federico II de Prusia: "Si mis soldados pensasen, me quedaría sin soldados." ¡Mi teniente coronel! ¡Era lógico que aún le recordara el señor teniente coronel! Frente a la mansedumbre que impone la disciplina, él se había singularizado más de una vez por haber hecho cuadrar su dignidad. Frente a la cómoda filosofía borreguil de: "¡Bah, estamos en la conscripción!", a que se aferra la cobardía de los más, él había escuchado e impuesto su conciencia, que se obstinaba en decirle que en la conscripción o en la vida civil, en el cuartel o en la avenida de Mayo, era ante todo y sobre todo un hombre.

Recordaba un episodio, que, sin duda, Egueri no olvidaría: cierta vez en las grandes maniobras de Córdoba él iba como guardacaballo suyo; llegaron a un pueblo y detuvieron las cabalgaduras frente a la puerta de un hotelucho que mentía en unos carteles pretensiosos: "Gran Hotel". Acompañaba a Egueri otro jefe. Desmontaron, entregaron las riendas, y ajustando en los tahalíes los diminutos espadines de artilleros, entraron ambos a almorzar. Marcos Guevara quedó a cargo de las tres bestias en plena calle. El sol caía a plomo. Las moscas molestaban implacables a los caballos, que en vano se fustigaban los flancos y las ancas con las colas siempre en actividad y castigaban el suelo enérgicamente, ora con una pata, ora con otra.

El hambre, la sed, el calor y la espera cuadruplicaban su indignación, cuando los militares salieron luciendo en los labios sendos puros insolentes.

— ¡Caramba! — exclamó Egueri. — Usted no ha almorzado.

— No importa, mi teniente coronel — respondió Guevara. — Usted sí; yo debo estar satisfecho.

— ¿Cómo dice?... Usted se cree...

El otro — un jefe ya anciano, con una cara espantosa de bull-dog puro — terció furioso:

— ¡Pero hay que oír insolencias! ¡Métale un mes de calabozo, por idiota!

Egueri no era malo en el fondo. Capaz de comprender una reacción justa, aunque inerme e inconcebible en los laberintos de la disciplina, sacó dos pesos.

— Tome, entre y coma. Después nos alcanza. Vamos al paso por este camino, derecho.

Guevara no estiró la mano para recibir el dinero.

— No tengo hambre, mi teniente coronel; gracias.

Impaciente ya, Egueri insistió:

— ¡Cómo va a andar sin comer, hombre!

— Tengo un pedazo de carne en la marmita, mi teniente coronel — insistió él entonces, y agregó: — Y en último caso, yo tengo dinero para pagarme una comida.

Al militar le relampaguearon los ojos. Su rostro palideció. Continuar así era reconocer la quiebra de la disciplina y demostrar ante el compañero y ante el soldado mismo una completa carencia de energía y espíritu militar.

— Cuando lleguemos al campamento — musitó apretando los dientes, — se presenta a la guardia: tiene un mes de calabozo.

Montaron y partieron al galope.

Ahora estaban ahí, en un convoy en marcha, entre un montón de personas indiferentes, sin posibilidad de hacer valer jerarquías, mano a mano, de potencia a potencia.

El teniente coronel recorrió de un vistazo el sombrero económico, el sobretodo raído, los botines cuya vejez el betún en vano intentaba disimular, el rostro preocupado del ex conscripto, y le interrogó:

— ¿Trabaja? ¿Qué tal le va?

Hesitó un segundo, pero prefirió en seguida ser veraz:

— Me va mal — dijo. — No trabajo desde hace varios meses.

— Y usted tenía condiciones, sin embargo.

— ¿Para qué sirven las condiciones? En nuestra tierra, cuando uno necesita un empleo, no dice: "Sé esto, conozco aquello." Anticipa: "Traigo esta carta del doctor Fulano", o "Me envía Zutano de Tal y Cual." Las condiciones ¿qué importan?

— No crea, Guevara. Usted tiene un carácter demasiado violento — objetó el

Hay muchos maestros que ejercen el magisterio sin el fervor que debería sentir toda alma que se dedica a la enseñanza de los niños. Y también muchos maestros sin título que, sobre todo en nuestra campaña, cumplen una labor meritoria y bregan por derramar luz en la obscuridad de las mentes infantiles. Algunos de esos maestros, sin diploma, son verdaderos apóstoles, hombres que sacrifican todo, hasta el bienestar de los suyos y el propio, por no cejar en su empeño de enseñar poniendo corazón en la tarea que otros desempeñan rutinariamente y sin espíritu.

sin TITULO

NOVELA CORTA de ARISTOBULO ECHEGARAY

otro.

—Puede ser —convino;—pero yo le digo a usted esto que es tan verdad como que usted es usted y yo soy yo: una vez me dieron una carta muy conceptuosa e importante para el ministro del Interior. Cuando después de mil antesalas y peleas con ordenanzas, secretarios y subsecretarios brutos como paredes, conseguí entrevistarme con él, me preguntó qué puesto prefería.

"—Cualquiera, señor ministro—le respondí. — Quiero, simplemente, ganarme el techo y el pan. Creo tener condiciones, sé...

"— No me diga lo que sabe— interrumpió en seguida el ilustrísimo señor ministro: — para meterse en una oficina pública, no es necesario saber nada.

"Luego me despidió con las sacramentales palabras de uso:

"—Lo tendremos en cuenta para la primera vacante."

El teniente coronel Egueri sonreía. Tal vez le resultara divertido ese hombre de quien siempre había oído frases indignadas, acaso de satisfacción, de satisfacción de hombre que halla, por fin, uno entre los hombres que no aprieta los labios y calla cuando debe gritar su verdad.

En ese instante llegaban a una estación, y aprestándose a dejar el vehículo, tendió la mano:

— Hasta siempre, amigo Guevara. Si usted quiere, yo puedo conseguirle algo adecuado a sus condiciones. Véame el lunes en el Colegio Militar.

Fué Guevara el lunes y salió con una carta fraternal y promisora destinada al director de Correos y Telégrafos. La ilusión se abrió amplia en su corazón y comenzó los plantones formidables a que la gran cantidad de concurrentes obliga, en los dos únicos días semanales que el alto funcionario se digna no ya atender personalmente al público, sino franquear la puerta de las subsecretarías.

Por fin llegó con su carta a un secretario privado. Le manifestaron que por intermedio del teniente coronel recibiría la respuesta, y redobló sus ilusiones, ya con mayor fundamento, pues dedujo que para una negativa no iban a dirigirse directamente al militar. El director anunciaría, sin duda, el nombramiento al mismo recomendante para hacer resaltar la atención dispensada a su pedido.

Pasaron los días, y por fin el día anterior Egueri le había anunciado la mala nueva inesperada:

— Tuvimos mala suerte, amigo. El director de Correos me ha escrito particularmente estas líneas, en que se disculpa: no tiene y le es absolutamente imposible provocar una sola vacante.

Guevara miró al militar como si no comprendiera, luego su vista recorrió las paredes del despacho en penumbra. Junto a una biblioteca había una lámina encerrada en un marco. Era una alegoría de la República; él la había observado largamente en otras oportunidades en que viniera a hablar a Egueri. Tenía al pie, en letras de imprenta de un estilo ya desusado por lo antiguo, estas palabras del Himno Nacional: "Una nueva y gloriosa nación."

—Señor Egueri —murmuró con lentitud, sintiendo que algo, rabia o pena, se le anudaba en la garganta, — le estoy igualmente agradecido. Yo no le había solicitado nada. Usted, con una buena voluntad que le honra, me había ofrecido lo que luego no le ha sido posible conseguir; pero se lo agradezco lo mismo.

Giró sobre sus talones en una perfecta media vuelta militar, y antes de que el otro, asombrado, pudiera esgrimir una réplica, salió dando un portazo que halló sonoro eco en los corredores de la escuela.

Y ahora, a los seis meses de ambular por las calles, de roerse los puños en su casa, sin trabajo, con todas las perspectivas obturadas por un desánimo inenarrable, cuando ya sus brazos amenazaban caer sin fuerzas, como dos colgajos inútiles a los flancos del cuerpo, llegaba la carta inesperada, una carta que resultaría para cualquiera como el indulto salvador al hombre que condenado a muerte, está ya frente a las bocas amenazantes de los fusiles.

Inconscientemente releía por décima vez la hoja mecanografiada que estrujaba en la mano: "Si quiere venir, le damos un puesto de maestro; no importa que carezca de título. Aquí en la campaña, con un poco de "muñeca", eso puede disimularse, aparte de que cualquier semianalfabeto con voluntad puede enseñar en un segundo o tercer grado."

Su conciencia — ¿para qué Dios nos habrá dado conciencia a veces?—no le dejó, empero, alegrarse. Objetó que tomar en nuestras manos durante cerca de trescientos días cada año a treinta o cuarenta almas, a las cuales debe

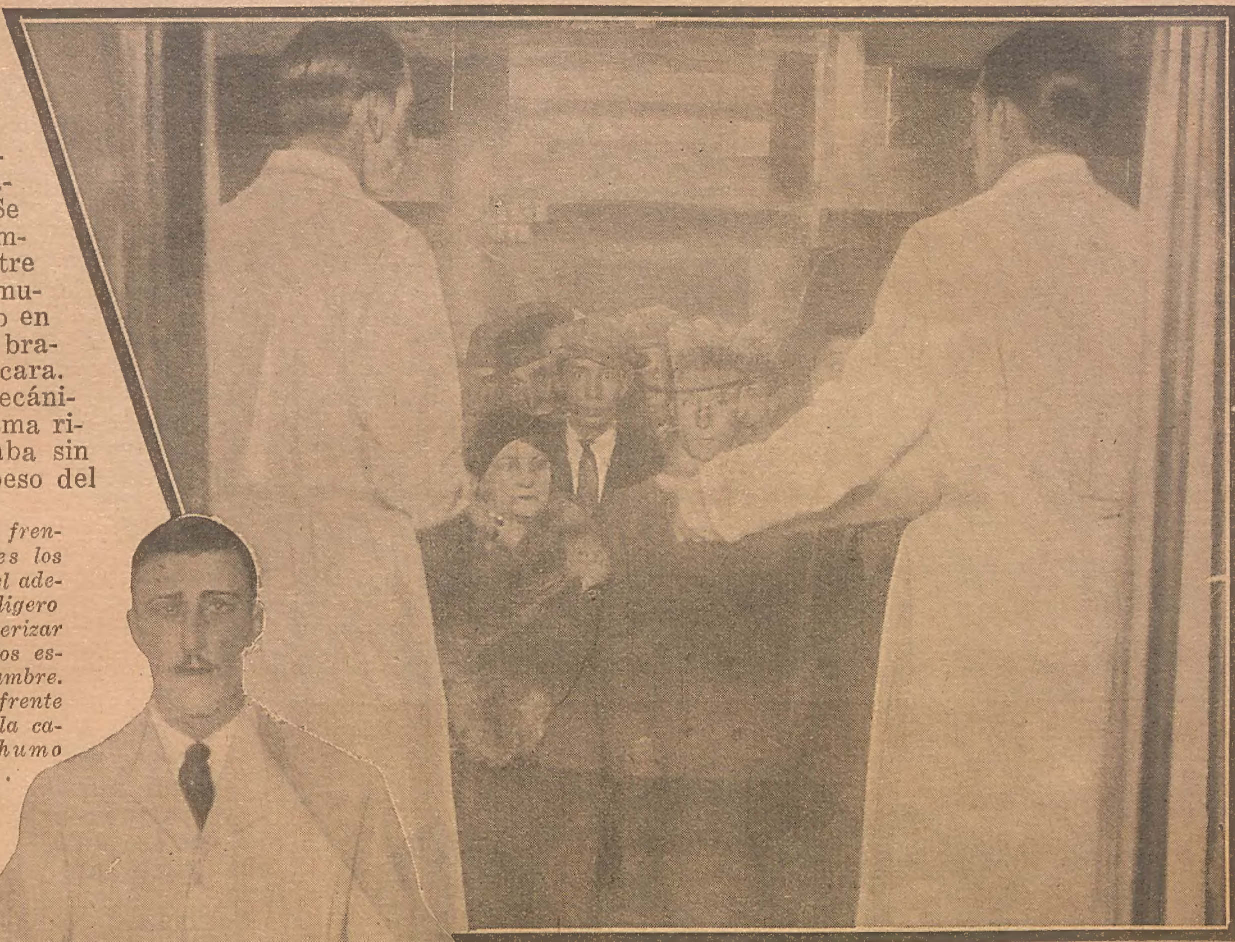
—Quiero que seamos amigos. Ustedes estarán pensando cómo seré, si bueno o malo. Yo creo ser bueno, y sobre todo con los niños: tengo horror de los hombres malos para con los niños.

HOMBRES de MADERA

Por ADRIANA PIQUET

HACE años llegó a Buenos Aires un hombre que hacía de maniquí viviente. Se presentaba todos los días al público, encerrado en la vasta vidriera de un comercio central. Sus ojos fijos, muy abiertos, con las pestañas inmóviles, parecían de vidrio, y de madera pintada las carnes de su cara rígida. Se agolpaba la gente ante la vidriera, contemplando atónita a este ser intermediario entre la vida y las cosas inanimadas. El extraño muñeco, después de estarse durante largo rato en la misma postura, levantaba lentamente un brazo tan tieso como los músculos de su cara. Parecía moverse por obra de un resorte mecánico. Después adelantaba un pie, con la misma rigidez, y empezaba a caminar. Caminaba sin articulación en la rodilla, y cargando el peso del cuerpo, en cada nuevo paso, sobre el pie que acababa de adelantar penosamente. Caminaba con un torpe meneo, a derecha e izquierda, como si el mecanismo interno estuviese ingeniosamente arreglado a fin de impedir una caída del muñeco. Y ni el más ligero signo de verdadera vida en el rostro embadurnado de carmín en las mejillas y los labios, y de rimmel espeso en las pestañas artificiales. Su tiesura era increíble. Nadie le sorprendió nunca una verdadera mirada en los ojos vidriosos. Nadie, entre los millares de espectadores que desfilaron ante la vidriera de la gran tienda, pudo notar un temblor en las pestañas, ni en los gruesos labios colorados. Para ser efectivamente una cosa, sólo le faltaba perder el alma, a la inversa de aquel famoso hombre mecánico, fabricado en Inglaterra hace un siglo, que andaba, se movía, gesticulaba, tenía todas las apariencias de la vida, y al cual únicamente le faltaba llevar dentro un alma.

Helos aquí, de frente, impasibles los rostros, tieso el ademán. Ni un ligero temblor debe erizar su piel. Son los esclavos del calambre. Y viven de él frente al vértigo de la calle llena de humo y de sol...



Inmóviles, frente al público que los mira curiosamente, los hombres de madera se van ganando el día sin hacer nada, que es el trabajo más horrible que quepa imaginar. Después, cuando la hora llegue, se desentumecerán largamente y su descanso será un ir y venir afiebrado, satisfecho, feliz...

Muchos años de paciencia, de práctica penosa, de martirios, necesitó sin duda este sujeto para ganarse el pan de cada día como maniquí viviente. Y empezó a viajar, de ciudad en ciudad. Acaso el desdichado, nacido sin vocación para nada, se inventó una vocación artificial. Pero ausente todo signo de vitalidad en su semblante, no era posible adivinar o presumir qué clase de sentimientos conservaba bajo su continua simulación de cosa muerta.

Me acuerdo la impresión rara que me dejó su contemplación. Rara y penosa. Me parecía increíble que las gentes, a mi alrededor, comentasen el espectáculo con admiración risueña. Se divertían, alguno le hacía gestos ridículos, por ver si se delataba la visión en sus ojos mortecinos. A mí aquella fijeza de los ojos me parecía horrible. Acaso la costumbre de simular el no ser le menoscababa la vida, y su alma empezaba en cierto modo a materializarse. La vidriera venía a ser para él como la urna para las imágenes. ¡Hacer de maniquí todos los días, hacer profesión de maniquí de madera!

Después de algunos meses de ejercer su singular oficio, desapareció de la ciudad. Pero dejó imitadores. Y ahora hay, en Buenos Aires, muchos desheredados que se ganan la vida en las vidrieras.

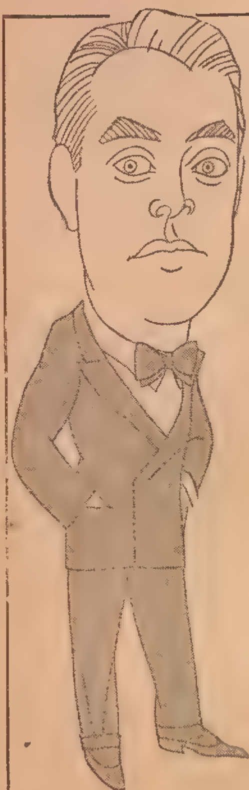


LOS DISCIPULOS DEL MANIQUI "DE MADERA"

Es una nueva forma de proletariado, que tiende a constituir un verdadero gremio. Se los ve con frecuencia en los comercios del centro. Ninguno llega, por cierto, a la perfección del maniquí maestro, que anda quién sabe por qué vitrinas de ciudad populosa.

Aquí sus pobres discípulos se embadurnan como él, se llenan los

(Continúa en la página 23)



Aristóbulo Echegaray

AUTOR de la NOVELA CORTA que se PUBLICA en este NUMERO

Un MAESTRO sin TITULO

hace para los lectores de *Mundo Argentino* su AUTOBIOGRAFIA

Nací el 26 de octubre de 1904. Habría otra fecha anterior, de singular importancia; pero la imprevisión de mis padres hace que no la pueda consignar con exactitud. De esta grave omisión que acaso perturbe a mis biógrafos futuros, deslindo desde ahora toda responsabilidad.

El 25 de septiembre de 1926 apareció "Poeta empleadillo", mi primer libro. A los pocos días, en el ejemplar que reservé para mis anaqueles, consigné esta comprobación: Publicar un libro: ¡matar qué gran esperanza!

El 7 de enero de 1928 me casé. La proximidad de mi cónyuge mientras registro estas fechas obtura toda imparcialidad para dibujar un pensamiento sobre este acto. Queda pendiente para ocasión menos arriesgada.

El 6 de abril del mismo año salió de la imprenta "Veinticuatro poemas para una muchacha querida", muchacha que, al decir de César Tiempo en una nota bibliográfica, es poseedora de "la sonrisa más triste y más suave de Buenos Aires".

También ese año — el 28 de noviembre — nació Hebe Lilia. Yo he recogido la fecha anterior, por si algún día la posteridad se la exige.

El 19 de diciembre de 1929 nació Gustavo. En la partida de nacimiento hubiera escrito — a no mediar la intransigencia del jefe del Registro Civil: "Tener un hijo: ¡materializar qué gran esperanza!"

El 25 de mayo del año en curso apareció mi tercera obra: "Ceros a la izquierda", poemas del servicio militar, que acaba de distribuírse en librerías.

¿Otras cosas? Minucias que sería vanidoso consignar: publicaré otros libros, soñaré otros sueños, iré a Europa.

Si me obligaran a definirme, escribiría que soy un hombre de hoy y de aquí; pero que espero fervorosamente un mañana tan luminoso que se diría rojo. Rojo como el sol en algunos crepúsculos en que agrándase como desesperado para no caer en el vacío del horizonte.

---

enseñarse algo que es mucho, o debe serlo, no es lo mismo ni puede aceptarse con la misma tranquilidad que el llevar el libro mayor de una casa de comercio. Responsabilidad material puede tener cualquiera. Pero ¿tendría él la responsabilidad moral suficiente para ser maestro, para ser lo que él creía que debe ser un maestro? Ser maestro es tener "cargo de almas", ¿y sería él, Marcos Guevara, capaz de tener cargo de almas? Tanto como los padres son los maestros quienes hacen la humanidad, porque de sus manos salen los individuos moldeados y orientados.

¿Orientados? Guevara sintió que una idea se le clavaba entre las cejas: ¿era él un orientado?, ¿le habían orientado sus maestros?

Vagando en sus recuerdos, Guevara continuaba inmóvil, con la carta en la mano. En ese instante entró su cuñada en la habitación y le tendió el papel.

La mujer recorrió velozmente los renglones y vociferó su alegría:

—¡Esto es providencial, Marcos! ¡Imagínese! Medio día de trabajo, un sueldo espléndido y tres meses de vacaciones cada año... ¡Y todavía escriben "si quiere venir"! ¡Esto es un don del cielo, Marcos!

Guevara la miró anonadado. Acaso fuera un don del cielo, acaso fuera una prueba. Para no responder, tomó su sombrero y se largó a la calle.

El viento helado de mayo era el único viandante de la cuadra. Caminando hacia el tranvía, la mirada se le enganchó en la pala de un barrendero que concienzudamente alzaba una boñiga solitaria, la última, al parecer, que por allí afeara el aspecto moreno de la calle. A pesar de que difícilmente se hubiera resignado a ese oficio tal

(Continúa en la pág. 13)

Las peripecias de PANCHO



—No tira ni medio... Debe ser el carozo que tapa...

UN MAESTRO SIN TITULO (Continuación de la página 11)

vez humillante (¿habrá oficios humillantes?), casi experimentó envidia por el barrendero, caluroso y laborioso.

—¿Por qué a él lo ponían en el brete de aceptar un destino en el cual no podría hacer esa labor acabada, que deja la dignidad y la satisfacción del oficio — que es el deber — cumplido, como, sin duda, acaecía con ese mismo humilde barredor de la calle?

En la esquina rutilante de Callao y Rivadavia sus ojos se inmovilizaron frente a un enorme letrero luminoso, y le pareció que las letras que en la altura se encendían y apagaban como ojos parpadeantes, repetíanle la carta: 'Si quiere venir, le damos un puesto de maestro."

El firmante, un viejo director de escuela que sólo le conocía por una que otra epístola circunstancial y algunos articulejos apresurados, con pretensiones de literatura, que aparecieron en cualquier semanario, ¿se habría preguntado si él no sería un violento, incapaz de contener sus puños frente a un niño inquieto? ¿Le constaba si tendría suficiente dominio de sus actos?

La idea de que ese director de escuela era un mediocre que se había aferrado a la docencia como otro al mostrador de una tienda, le arqueó los labios de desprecio.

Caminaba por Rivadavia hacia la plaza de Mayo. Sonrió, ubicándose imaginariamente junto al pizarrón, tiza en mano, dictando una clase. Tenía algunos vagos conocimientos de pedagogía; lo demás, con seguir los programas y con sus recuerdos de alumno, estaría arreglado. Pero, ¿todavía se enseñaría como hace doce, como hace quince años? ¿No habría avanzado la enseñanza? ¿No habría modernas teorías, como las hay en ciencias y en literatura?

Al pasar por una librería que en mejores épocas de sus finanzas frecuentara con ansiedad, preguntó si tenían algunos libros que trataran de las modernas corrientes de la enseñanza. Pusieron ante sus ojos un montón, de los que escogió varios, ya porque el nombre del autor le resultaba simpático, ya por el título, o por azar simplemente: el "Método Delcroly", el "Plan Dalton", "La autonomía y libertad de la educación", el "Método Montessori"... Dijo que después abonaría el importe y salió con el paquete bajo el brazo. Le animaba ahora la emoción de hundirse a bucear autores que minutos antes ni sospechaba: Fernando Sainz, Leonor Serrano, Antonio Ballesteros...

En un reloj municipal vió la hora: las 20. El tráfago callejero estaba en su plenitud. Pregonaban los canillitas la quinta edición de los diarios de la tarde. Insensiblemente se había internado en la avenida. Los cafés hormigueaban de gentes animadas. Atronaban las bocinas y los motores de automóviles y ómnibus. Una mujer de extravagante indumentaria le clavó una mirada elocuente como un buen discurso.

Otro pensamiento vino a entristecerle nuevamente: tendría que abandonar Buenos Aires. Pero pensó en otra cosa; siempre había sido cobarde para las partidas. Dobló por Paraná hacia Corrientes y se metió en el primer tranvía que le acercaba a su barrio.

II

Ya en el pueblucho en que debía ejercer su flamante profesión, le dieron un tercer grado.

El director lo presentó a los otros maestros, le insinuó la conveniencia de oír algunas clases antes de hacerse cargo de sus niños, y a los pocos días de su llegada inició el curso.

Frente a aquellas treinta almitas se sintió blando como un pedazo de pan mojado en leche. Los guardapolvos blancos se le antojaron banderas de bondad. Respiró con fuerza el aire campesino, fresco y puro, que entraba por las ventanas abiertas, y mientras los ojillos inquietos de los pequeños le escudriñaban el rostro, habló:

—Quiero que seamos amigos. Ustedes estarán pensando cómo seré, si bueno o malo. Yo creo ser bueno, y sobre todo, con los niños: tengo horror de los hombres malos para con los niños. Cuando yo era pequeño, mi padre solía gritar en casa espantosamente, y entonces yo era muy desgraciado. Yo no voy a gritaros. Tampoco os dejaré a menudo sin recreos: cuando se es niño, vale más aprender a jugar un rango que las tablas de multiplicar, el valor de los tres ángulos de un triángulo o los límites convencionales del país que habitamos. A mí nunca me dijeron esto, y a los diez años me hundía en unos librotes espantosos durante horas y horas, y de eso me ha quedado en el corazón una tristeza mucho más espantosa aún. Yo jamás poseí un tarro lleno de cincuenta o de cien bolitas, como tendréis muchos de vosotros en un rincón de cualquier parte.

Los pibes, encariñados ya, le interrumpieron:

—Yo tengo setenta y tres bolitas.

—Yo gané veintiocho con una que me prestó Roberto.

—Yo tengo más de cien en mi casa.

—Yo...

Se vió obligado a poner orden.

—Sí continuó; — yo jamás tuve tantas bolitas; apenas si recuerdo algunas pocas, que fueron como perlas para mis ojos asombrados.

Un chico de las últimas filas arriesgó nerviosamente una pregunta:

—Pero ¿tampoco tenía trompos?

—Tampoco. No tuve trompos — declaró, mientras una angustia indecible le anegaba el pecho. Se sentía en ese instante desoladamente desgraciado. — Tampoco poseí trompos — repitió, — ni un eterno sueño mío: una bicicleta...

Hubiera proseguido, sin duda, pero advirtió al director que estaba de pie en medio de la puerta del aula, firme, grave, como correspondía a su autoridad, y se quedó súbitamente callado, sin saber qué decir.

El otro habló:

—Señor Guevara, en el recreo hábleme, ¿quiere? — Y se retiró.

Entonces él consultó el horario del día y comenzó a tomar la lectura.

III

Había llegado prevenido contra el director, contra ese hombre que, sin embargo, se había mostrado amigo y le había extraído de la miseria y parado frente a un sueldo mensual que le libraba de contingencias elementales pero difíciles.

Al conocerle personalmente, su aspecto rubicundo y los ojos pequeños y fríos parapetados tras unos anteojos de arcos de oro se lo hicieron profundamente antipático, y ahora, al mirarle allí en el despacho de la dirección, sentado tras el escritorio, serio hasta la adustez, con una ridícula pose de suficiencia, Guevara sentía unos deseos desesperantes de huir, de no mirarle, de refugiarse junto a su mujercita, de poseer cien mil pesos que le permitie-

(Continúa en la pág. 15)

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

DEBE PONERSE MUCHO CUIDADO en la RUTINA DIARIA de BELLEZA

Peso correcto, cabello esponjoso, ropa limpia y una sonrisa, todos suman a su apariencia



Hay muchas mujeres cuya verdadera belleza está oculta por una expresión preocupada, o echada a perder por un arreglo descuidado o un maquillage exagerado.



CUANTO tiempo hace que se miró al espejo? No con la atención que lo hace cuando se pinta o peina, sino con la mirada fría, analítica de una mujer que se está pasando revista.

Esa mirada lenta y examinadora que descubre defectos del cutis aquí y allá..., demasiado leves en la actualidad para destruir el conjunto general del atractivo del rostro; esa mirada que nota menos brillo en el cabello, que descubre una leve expresión "preocupada" y una comisura de labios caída; una mirada que la hace medirse las caderas para ver si realmente están más anchas o es solamente su imaginación.

Toda mujer debiera pasar revista a su persona por lo menos una vez al mes, estando para ello unos cuantos minutos examinándose delante del espejo con el propósito deliberado de hallar fallas en su apariencia. Cuando aprendamos a hacer esto y a abandonar el espejo determinadas a corregir los defectos que hallemos, nuestras cuentas de belleza disminuirán a la mitad y nuestra apariencia mejorará un ciento por ciento.

Si su cabello tiene la apariencia apagada, puede devolverle el brillo cepillándolo todos los días.

Observando uno de los grabados podrá comprobar cómo esa "expresión preocupada" sombrea el rostro, agregándole edad e infelicidad.

Es difícil librarse de las irritaciones, que son una parte diaria de toda vida, pero ¿no ha notado acaso que son los disgustos mezquinos, insignificantes, los que se marcan en el rostro de la mujer corriente y no las verdaderas preocupaciones?

Una madre que cuida a su hijo peligrosamente enfermo tendrá un semblante preocupado, pero esto se refleja en su rostro, en un juego de líneas enteramente distinto que aquel que se refleja cuando está irritada por un asunto trivial.

Una mujer que lucha para reconquistar la salud de su hijo demuestra coraje, que se refleja en su rostro en vez del descontento y de la debilidad que reflejan las molestias insignificantes. Usted sabe perfectamente que no tenemos mucho que hacer en este mundo si perdemos tiempo cavilando y enfadándonos por cosas triviales.

Además, hasta el mismo desgano de nuestra expresión tiene un efecto enervante, robándonos de nuestra voluntad para echar los hombros para atrás, levantar el pecho, llenar nuestros pulmones con aire fresco, ponernos el sombrero con gusto y reírnos de la manera que la vida tiene de hacer cosas un poco distintas de lo que deseábamos.

Hallaremos también que las ropas obscuras son una barrera definitiva cuando nos ha ido mal en algo. Parece que los tonos más obscuros tejen un aura de tristeza a nuestro alrededor, acrecentando aun más nuestra melancolía y las líneas del rostro. Algunas veces se requiere una gran cantidad de coraje para arreglar un par de rizos "cazadores de novios" en nuestro rostro, cuando el único festejante y el favorito está demostrando una preferencia marcada por otra chica.

Pero él jamás volverá a una chica de cabellos desarreglados, de rostro melancólico, mal vestida. ¡Eso sí es seguro!

Una de las razones por las cuales estoy recalcando tanto la actitud mental en este artículo, es porque es

(Continúa en la pág. 49)

La misma joven del otro grabado, demostrando lo que "las pequeñas cosas" pueden hacer a la apariencia personal.



Si usted se siente deprimida dése un baño, lávese la cabeza y póngase un pijama o vestido lindo y el más nuevo que tenga.



Pase revista a su figura de vez en cuando. Mídase y vea si sus caderas son del mismo tamaño.

UN MAESTRO SIN TITULO

(Continuación de la pág. 13)

ran prescindir de todo trabajo supeditado a otros, que conculcaba y rompía sus sentimientos.

Pero ya el hombre iniciaba su discurso:

—Amigo Guevara, por una casualidad oí la peroración que les estaba obsequiando a los chicos. ¡Un presente griego! Hay que ser más práctico. Ellos irán luego a sus casas contando que el nuevo maestro les enseña que vale más jugar al rango que aprender aritmética o geometría. Que les hace el relato de cómo gritaba su padre y que era profundamente desgraciado. ¡Imagínese! Todo padre grita — más alto o más bajo — a sus hijos.

Marcos Guevara estaba rojo, una ola de calor envolvía su cuerpo como una llamarada. La lógica práctica del otro era evidente. Buscó una palabra para justificar en lo posible su posición, que ya se le antojaba absurda. Buscó una sílaba siquiera, sin saber precisamente para qué, acaso para disculparse; pero no la encontró, o si la encontró, no pudo pronunciarla.

El director siguió hablando. Su voz era monótona y paternal. Marcos Guevara experimentaba la sensación de estar entre una nube de niebla por entre la que se filtraban — como gotas — las palabras. Siguió todavía oyendo al otro hasta que sonó la campana que daba por finalizado el recreo, y ambos salieron al patio.

Los días se le iban de las manos vertiginosamente. Una tarde anunció a sus chicos:

—Desde hoy, dos veces por semana, en la última hora, vamos a leer cuentos. Yo voy a traer de casa unos libros de cuentos para niños y les leeré algunos. ¿Quieren?

Todos querían. Todos los niños aman los cuentos, y a la última hora él tomó asiento en la tapa del último pupitre del salón y leyó. Fué una hora maravillosa en que treinta y tantas almitas pendieron arracimadas de sus labios. Ni uno solo de los pequeños desvió un instante su atención durante los sesenta minutos de lectura. Cuando sonó la campana anunciando la hora de salida, un murmullo de pesar brotó de entre los pequeños.

Marcos Guevara fué completamente dichoso aquella tarde. Ni bien llegó a su casa, escribió a una librería de Buenos Aires pidiendo un montón de libros para niños, y al besar a su esposa, al verse en el espejo claro de sus ojos queridos, le pareció que estaba aliviado de una infinidad de años.

Martes y sábados continuaba su hora de lecturas, leyó cuentos y versos, anécdotas y relatos que maravillaban a los parvulillos, pero...

Pero un día le llamó el director:

—Guevara, usted no me había informado que pierde dos horas semanales leyendo cuentos a sus chicos.

Palideció. El director había dicho *pierde* dos horas.

—No creí — contestó — que relatar o leer en clase cosas bellas fuera perder el tiempo...

—Todo lo que no sea cumplir con el programa escolar, lo es. Yo creí que eso ya lo sabía usted.

Guevara no contenía su indignación:

—No — replicó; — yo no sabía eso; yo sabía esto otro — luminoso — de Rafael Barrett: "El maestro que no se hace querer, que no reduce su pedagogía a contar en clase bellos cuentos, que no desdeña la simple tarea del dómine por la seria tarea de inspirar amor a la bondad y a la justicia, aunque no sea aún tiempo de conocer la una ni de practicar la otra, es un mal maestro"... Y eso lo dijo Rafael Barrett, Alvarez.

El señor director le miró congestionado; luego, acaso vislumbrando quién sabe qué triunfo, interrogó en un tono indefinido.

—Pero, ¿y quién era Rafael Barrett?

En el aula, entre otros retratos, se destacaba uno, grande, de Bernardino Rivadavia. Era una de esas tricromías imposibles de vaya a saber uno qué época, pero a las cuales el deplorable gusto oficial ha derramado en todas las escuelas.

Un lunes, Marcos Guevara llegó al colegio con el suplemento de un diario dominical en la mano, y parado frente al retrato del prócer, confrontaba la tricromía con un dibujo del rotativo.

—Este — murmuró — es Rivadavia y aquél también; pero en este dibujo de Sirio, aunque es el mismo, es "otro" Rivadavia.

Descolgó el cuadro y continuó monologando:

—Este Rivadavia de Sirio está en idéntica pose que diez mil Rivadavias oficiales. Sentado en la misma butaca, junto a igual mesa, luce iguales cabellos ensortijados y gemelos ojazos. Pero no es igual a los otros. Este es hijo del arte.

Con una sonrisa burlona para la tricromía oficial, la sacó del marco, recortó luego el dibujo del diario, lo pegó sobre una cartulina y lo puso en lugar de la otra.

Colgado el nuevo Rivadavia, se retiró al fondo del salón para valorar el efecto.

Sintió la impresión de que el aula se había transformado, del mismo modo que un rostro vulgar se transforma a veces por el sortilegio de una sonrisa bondadosa.

La monotonía de los bancos iguales, del pupitre, de la biblioteca, del pizarrón, de las láminas y retratos, todos iguales a los que en otras escuelas le afearan el paisaje escolar de su niñez, se había roto ahora con esas líneas sintéticas, limpias, que enseñarían a los chicos más que muchos textos.

—Todo lo que está más allá de lo mediocre — pensaba — no es necesario que se explique o que se comprenda: se siente, y los chicos, que son casi invariablemente más sensibles que los grandes, ¿cómo no iban a sentir que ha llegado al aula algo nuevo con este retrato de líneas magistrales?

Por el patio vió caminar al director.

—Buenos días, Alvarez. Le llamaba para que viera ese retrato que he reemplazado. ¿Qué le parece?

—Pero eso ni es en colores ni hace juego con los otros que hay aquí.

—Es cierto, pero quiebra la monotonía de las paredes entristecidas de láminas adocenadas y da una sensación de arte.

—Sí, Guevara; pero aquí no podemos colocar los dibujos que se nos antoje, sino lo que nos envía el Consejo Escolar. Además, ese Rivadavia que usted ha tocado figura en inventarios.

—Pero yo he puesto en su lugar otro Rivadavia, y mucho mejor.

—El inspector — arguyó el otro — no lo va a querer entender. Además, tenga usted en cuenta, que si cada maestro modificara a su gusto las diversas láminas que decoran las aulas, en pocos días el colegio tomaría el as-

(Continúa en la pág. 48)

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

SU CARTA, EN EXTREMO LARGA, no me expresa con claridad, cuál es el consejo que de mí espera. No veo por lo que me dice, el motivo para esa gran aflicción, pero siendo tan joven, no me extraña que tome con tanto acaloramiento una cuestión que no tiene la importancia que usted le atribuye.

Si ella insiste en que su amor es imposible por los dos años de diferencia de edad, es porque no está segura de quererlo realmente; aléjese, quizá su indiferencia resulte más eficaz que su apasionamiento.

Cdo. a "Amor imposible", de Tucumán.

SIENDO EL CASAMIENTO A LA MAÑANA, los padrinos vestirán traje de calle, tratándose, sobre todo, de una boda sencilla.

Cdo. a "A. B.", de capital.

> **El amor es el intercambio de dos fantasías y el contacto de dos epidermis.**
> **CHAMFORT.**

LA SEÑORITA no debe estar presente en el momento que solicitan su mano.

Contestando a "A. P. T.", de J. B. Molina.

NO VAYA TAN DE PRISA, amiguita, que puede ser peligroso. Deje que el disputado ideal, haga su elección y si tiene la suerte de ser la favorecida, entonces... ya no le faltarán medios para demostrarle su afecto, ya que por lo que veo es usted harto expresiva.

Contestando a "Anita", de León.

SI ESE JOVEN con quien flirtea es digno de su confianza, y ya que sus negativas le causan enojos, concédale lo que le pide. Sea prudente.

Contestando a "Morocha" R. S., de Córdoba.

LA COLA DE LOS TRAJES

Oración profana

(Colaboración)



Agorera de amor; si él no me quiere
No lo confieses, por amor de Dios.
Yo le amo mucho..., mucho..., pero mucho,
No lo sabés tú bien, pequeña flor.

Con tus pétalos suaves y armiñados
Es imposible que me digas "no".
Mas, ¿tú sabes de penas y cuidados?
¿Tú comprendes de celos y de amor?

No te vengues, pequeña margarita,
Que no cabría en mí tanto dolor.

Aunque yo a ti, por él, te arranque el alma,
¡Tú no arranques de mí su corazón!

J. GUAUTER DE OTERO

DE NOVIA son de distinto largo según el gusto de las interesadas. Me parece que le quedará bien una de las dimensiones que me indica, ya que es usted bastante alta.

Contestando a "Una novia que espera", de Capital.

HE VISTO CON SATISFACCION que mi consejo contribuyó a que se subsanarán las pequeñas dificultades y que pronto realizará su sueño dorado.

Me alegro de todo corazón, y la felicito. Esta revista no publica las fotografías que le envían; las que aparecen en ella son solicitadas.

Cdo. a "Negra", de Rosario.

Las poesías que enviaron las personas que indico, no se publicarán:
"A. A. K.", de Rosario.
"S. L. C. de J.", de La Plata.
"H. B.", de Arroyo Seco.
"L. J.", de Capital.
"C. B.", de Capital.
"T. Z. de L.", de Capitán Castro.
"E. D. M.", de Chivilcoy.
"A. C." (hijo), de Capital.
"Manuelita", de Bánfield.

SI VA A VESTIR traje de saco negro, use camisa blanca común y cuello lo mismo. El cuello "palomita" se lleva ahora solamente con traje de rigurosa etiqueta.

Contestando a "Atahualpa", de Junín.

ESTANDO DE LUTO RIGUROSO, debe llevar chaleco negro. Si desea puede ponerse la camisa que me indica, aunque no use el chaleco blanco.

Cdo. a "L. L. S.", de Tilisarao (San Luis).

1º **SUS PADRES** deben encabezar lo mismo las participaciones de casamiento, aunque sea viuda.

2º Para el civil vista traje obscuro: azul, marrón o negro.

Cdo. a "Ignorante viuda", de 9 de Julio.

EL TIEMPO Y EL TRATO continuo con esa simpática chica, irán venciendo poco a poco su actual timidez, y ya verá cómo el día que menos piense se anima y le formula la anhelada declaración.

Contestando a "Tímido", de Cabrera.

> **Los enamorados hablan de su amor con tanta suficiencia que cualquiera creería que entienden algo de amor.**
> **J. M. BRAÑA.**

1 — **ESE EXTRANJERO** no la amó; me parece que fué usted un capricho más; porque si hubiese sido lo contrario, en vez de reemplazarla tan pronto y acostumbrado como estaba a las liberalidades de las mujeres, que hasta hoy trató, podría haberle encantado aun más su distinta manera de ser y tratar a fuerza de cariño y persuasión vencer esa timidez suya propia de su juventud y de la vida completamente de hogar que lleva.

2º — No le hable por teléfono; que sea él quien tome la iniciativa; conserve su amor propio, demuéstrele que no es como todas, la conquista fácil.

3º — ¿Si lo recuperará?... A esta pregunta sólo el tiempo podrá responderle.

Contestando a "Así es la vida", de S. Fe.

ENLACES DE LA SEMANA



Señorita Sara Roccatagliatta, que contrajo enlace con el señor Hernán Ceriani Cernadas.



Señorita Laura Benítez Elizalde, el día de su casamiento con el doctor Pedro Viale.



Señorita Haydée Vasena, que contrajo nupcias con el doctor Juan F. Salabert.



Señorita María Zilda Beti el día de su casamiento con el señor Severiano Pampillo. Fotografías de F. Pérez.

EL AMOR ES LA MEJOR LUMINARIA DE LA VIDA

LOS PRIMEROS PASOS DEL GRAN BUFO CARLITOS CHAPLIN



Fué accidentalmente un precursor del film parlante.

CAPITULO IV

Un día llegó Alfred Reeves, empresario de Karno en América, y fué a ver la obra que dábamos.

—Ese es el hombre que necesito como comediante en los Estados Unidos — dijo Reeves a Karno, señalando a Carlitos Chaplin.

—Bueno — dijo Karno,— pero no deje que esa gente de Hollywood se apodere de él.

La cinematografía empezaba a abrir las puertas al talento, y varios de los buenos artistas de Karno, en jira por Norte América, habían sido acaparados por Mack Senett y otros. Casi todos los meses se recibía un cable de Norte América que decía: "Nos dejó hoy por un contrato de film; manden inmediatamente otro comediante."



He aquí los componentes de los "Mumming Birds", que fueron los compañeros del gran bufo, allá por el año 1911. 1ª fila: Carlitos Chaplin y Alf. Reeves; 2ª fila: Fred Palmer, Mike Asher y Albert Austin; 3ª fila: las esposas de Palmer y Seaman y Amy Minister; 4ª fila: Bert Williams, Fred Karno (h.) y Frank Nilroyd; 5ª fila: Ted Banks, George Seaman y Charley Griffiths.

Al darnos Karno la noticia de nuestra jira por los Estados Unidos, le dijo a Carlitos:

—Voy a hacer con usted un contrato severo. Muchos de mis hombres me han dejado para dedicarse a la cinematografía, y no estoy yo para abonar pasajes y que el pago sea dejarme plantado en lo mejor.

—No tenga temor, señor — contestó Chaplin. — No me siento capaz de hacer el payaso delante de una cámara.

Y lo decía sinceramente. Sin embargo, hoy gana fabulosas sumas para hacer reír a la gente.

Durante el viaje en el "Cairnrona" hicimos vida en común con italianos, rusos, irlandeses... Para la fiesta de la "línea" Carlitos se vistió con una frazada de a bordo, y se puso una peluca hecha por él, pidió prestada una hacha al carnicero del barco y causó verdadera consternación entre los emigrantes extranjeros al ejecutar la danza india de la guerra; con muecas, movimientos de hacha y gritos de entusiasmo bélico, que alarmaron a todo el vapor. Pero, reconquistó su reputación ejecutando solos de violín en los conciertos que se realizaban a bordo.

Bert Williams continúa relatando en este capítulo cosas ignoradas del gran bufo de la pantalla. Entre las cosas notables que relata, cabe señalar la que sindica a Carlitos como precursor del film parlante, naturalmente que sin la menor idea de que tal cosa podría un día ser un hecho. Es este un caso curioso, que ninguno de los millares de admiradores del gran astro conocía hasta ahora.

A los catorce días de salir de Southampton desembarcamos en Quebec. Esto era a fines de Septiembre. De allí seguimos viaje a Nueva York, por vía Montreal, para debutar en el teatro Colonial, cerca del Central Park.

Nueva York era entonces la Meca de los artistas de music-hall. Estuvimos nueve meses en Nueva York, trabajando durante un mes en cada teatro. Nuestro repertorio se componía de varias obras que ya habíamos representado en otras partes con gran éxito.

A menudo, después de la matinee, nos íbamos a Broadway a pasar una o dos horas en el cine Bioscope. Esto me trae a la memoria cómo imaginó Carlitos los films parlantes, diez y ocho años antes de ser esto una realidad.

Sucedió así: habíamos dejado el teatro después de la función, y nos fuimos al Bioscope. Carlitos estaba esa tarde muy contento, porque el público

(Continúa en la pág. 49)

En el próximo número:

RODANDO DE PUEBLO EN PUEBLO

Por ARTURO F. NEIL

cuarenta años cazando hombres



Uno de los tipos criminales más difíciles de conducir ante los estrados de la justicia, es el del "encubridor", o recibidor de objetos robados. Sin embargo, es el que más desean ver condenado los detectives.

Con frecuencia el encubridor tiene un negocio legítimo, que sirve de cortina conveniente para ocultar sus verdaderas actividades. A veces hasta es miembro prominente y respetado de la comunidad, a quien nadie se atrevería a denunciar ni sospechar siquiera. Aun cuando se sospeche de él, es muy difícil probar su culpabilidad.

En 1919 me hallaba al frente de la división "Y". Una serie de atrevidos robos en casas de negocio preocupaba a la policía londinense. Era obra de una banda que operaba en gran escala y utilizaba camiones velocísimos cuando "pegaba el golpe".

Conocíamos a los componentes de la pandilla y habíamos tenido sus refugios en observación durante algún tiempo, pero nos resultaba difícil obtener pruebas satisfactorias contra ellos. Jamás conducían el producto de sus robos a los sitios que frecuentaban, según nos constaba. Indudablemente se lo entregaban al encubridor, quien debía tener un negocio de bastante importancia, por cuanto a veces se llevaban en una sola vez cincuenta o sesenta fardos de paños finos, por ejemplo.

Cierta noche vi al jefe de la banda y dos de sus cómplices pasar a toda velocidad en un camión. Era en las proximidades de Kentish Town, y no tardé en enterarme de que acababan de desvalijar un comercio. Los datos suministrados por algunos testigos me probaron que estaba sobre una buena pista, y resolví proceder sin dilación.

DETENCION DE LOS CULPABLES

Al siguiente día arrestamos a todos los componentes de la banda. No encontramos ningún indicio de los robos, pero al revisar a uno de los ladrones le encontré una ficha de cartón que tenía ciertas marcas por una de sus caras, y por la otra, un nombre y domicilio. Estaba escrita con lápiz, y tan sucia y grasienta que apenas se podía descifrar. Conseguí hacerlo, sin embargo. El domicilio pertenecía al distrito de Knightsbridge.

Comprendí que las marcas pertenecían, tal vez, a una sastrería. Estudiando la lista de robos de las últimas semanas, comprobé que en un negocio de la calle Oxford se había cometido uno de magnitud en una sastrería. Llevé la ficha con las marcas a aquella casa, y los propietarios la reconocieron como de ellos, pero aseguraron que jamás habían tenido negocios con el individuo de Knightsbridge.

— Gracias — dije al retirarme; — estoy intentando desenmascarar una banda de ladrones, y es posible que si me va bien, rescate algo de lo que a ustedes les han robado.

— Si lo hace — dijo el gerente, — podré identificar todo. Reconocería la mercadería nuestra dondequiera.

APARECE UN ENCUBRIDOR

Me trasladé al domicilio de Knightsbridge y me encontré con un comerciante judío, que, por cierto, no se sintió muy complacido de verme. Cuando le dije los nombres de algunos de los hombres a quienes había detenido, se alarmó seriamente.

—¿Les ha comprado algo últimamente? — le pregunté.

Posiblemente, pensó que tenía pruebas de culpabilidad, porque se apresuró a confesar:

— Sí — dijo; — pero yo no sabía... Le doy palabra de honor de que creía que procedían bien.

Lamentándose, se restregaba las manos y gemía:

— ¡Nunca hubiera tratado con ellos, si no los creyera honestos!

—¿Dónde está lo robado?

—Vendido. Lo vendí todo.

Por fin, y después de no poco trabajo, confesó que el comprador era otro judío de Hornsey. Lo vi. Tampoco pareció complacido con mi visita, pero pude averiguar que la mayor parte de los fardos de paños habían sido enajenados a otro judío que era propietario de un negocio de sastrería establecido en Cardiff. Me puse en contacto con la policía de Cardiff y le pedí que investigara allí.

Aquel comprador había procedido honestamente, pues en ninguna forma pudo sospechar que el vendedor no fuera persona tan honesta como él.

Hice embalar todo lo que había en Cardiff y remitirlo a Londres. Examinado por el gerente del negocio de la calle Oxford, exclamó:

—Todo esto es nuestro. No cabe ninguna duda.

No necesité saber más. En seguida arresté al hombre de Knightsbridge y a su cómplice de Hornsey. También cité como testigo al de Cardiff.

Los recibidores y ladrones fueron juzgados al mismo tiempo, y los nueve, siete ladrones y dos encubridores, fueron condenados a largos años de presidio.



"Por lo que hace a los años de servicio, soy el detective británico más antiguo existente."

Así dice el ex jefe de investigaciones Neil, y agrega:

"En Scotland Yard no computamos por años de servicio, sino por casos en que se haya intervenido. Desde este punto de vista, no conozco a ningún detective que se aproxime directa o indirectamente a mi "record". En el transcurso de los últimos cuarenta años he intervenido directa o indirectamente en todos los casos de homicidio que se han producido y he estado en contacto con todos los criminales de mayor nota de la Gran Bretaña. Conozco mejor los bajofondos que la calle en que vivo; la manera de proceder de los reyes del hampa me es más familiar que la vida de mi vecino."

El ex jefe Neil, durante su larga actuación condujo al cadalso a quince criminales. Es el único detective viviente que haya capturado a dos asesinos múltiples. Ha sido citado más de cuatrocientas cincuenta veces en la orden del día de Scotland Yard.

Neil ha escrito para MUNDO ARGENTINO una serie de artículos en los cuales referirá a los lectores sus principales actuaciones. El próximo capítulo se titulará:

Las LETRAS de la VALIJA

LOS LADRONES DE CABALLOS

Más o menos en la misma forma descubrí una banda de ladrones de caballos, que operaba en gran escala. Un hombre denunció el robo de una yegua, y un niño que conocía al animal, me dijo que había visto a un individuo conduciéndola por el camino de Archway. Seguí la pista y di con un agente que a su vez la había visto en la carretera de Camden. Aquel agente conocía al hombre que la llevaba, y yo también sabía quien era. Le seguí el rastro hasta la carretera de Edgware, donde, por medio de discretas investigaciones, me enteré de que él y otro hombre eran tratantes en equinos en gran escala. Supe, asimismo, que tenía la costumbre de despachar grandes lotes de caballos por ferrocarril, desde la estación de Paddington.

Cuando interrogué a los empleados ferroviarios, descubrí que no había constancia del despacho de caballos, desde el local de Edgware.

— Por lo menos — me dijo el jefe de la estación, — no salen por

los vagones especiales de hacienda.

— ¿Podrían ir en otra forma? — indagué. — ¿En vagones comunes, por ejemplo?

— Es difícil. Por lo general los animales en pie no se despachan así.

Sin embargo, fuímos al departamento de encomiendas y allí vi confirmadas mis sospechas: desde hacía tiempo mi conocido de Edgware acostumbraba a despachar caballos con destino a Monmouth, en el país de Gales.

UN COMPLICE DE RANGO

Detuve a los dos hombres de Edgware Road, y envié al sargento Cornish, que en la actualidad es superintendente de Scotland Yard a Monmouth, con la misión de investigar quién era el recipiendario de los caballos.

Apenas llegó, Cornish me habló por teléfono:

— Se trata de un personaje local. Es bien conocido y persona de influencia.

— Haga identificar algunos de los caballos — le dije. — Aunque sea uno solo, nos bastará para proceder. ¡Confío en usted!

Cornish procedió con habilidad. En pocos días identificó el suficiente número de animales para justificar la detención del personaje. Los ladrones y el encubridor fueron convictos y castigados con todo el rigor de la ley.

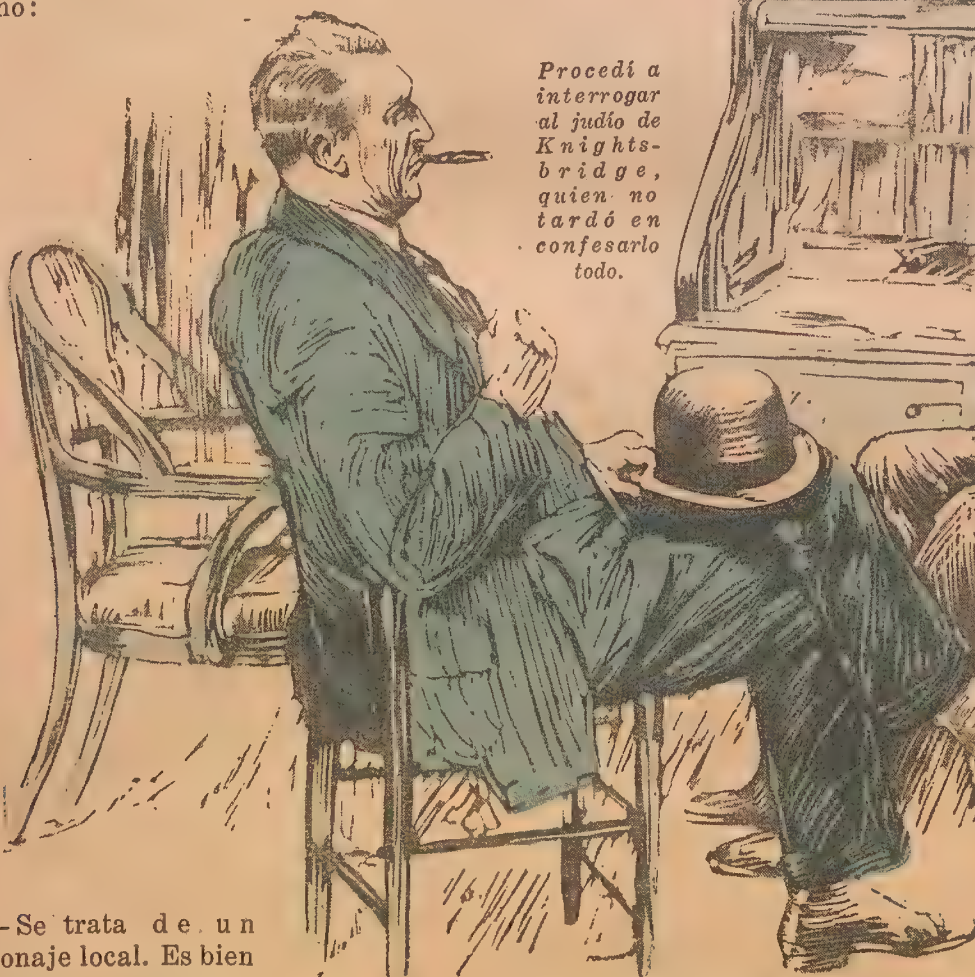
EL ESTRANGULADOR DE HYDE

Una tarde de sábado, en junio de 1919, se recibió un telegrama en Scotland Yard pidiendo auxilio para aclarar un asesinato misterioso. El remitente era el jefe de la gendarmería de Hyde, en el condado de Cheshire. Yo era inspector principal de investigaciones y se me dió orden de trasladarme inmediatamente al teatro del hecho, acompañado por un sargento.

Un CASO de ESTRANGULAMIENTO y ROBOS MISTERIOSOS

Como a las cinco de la mañana llegamos a Hyde; el sargento, actual inspector, Everley y yo. En seguida nos enteramos de los pormenores del asunto.

En la madrugada anterior, se nos dijo, un sereno, Arturo Beard, que trabajaba en las hilanderías de Garfield había dado aviso a la policía de haber hallado en un terreno baldío a los fondos de la fábrica el cuerpo de una niña. La policía había detenido a aquel hombre, pero hasta nuestra llegada no habían encontrado pruebas que justificaran tal medida. Estaban seguros, sin embargo, de que Beard era el asesino.



Procedí a interrogar al judío de Knightsbridge, quien no tardó en confesarlo todo.

Me trasladé a la fábrica con Everley y la policía local. Se me informó de que el local había permanecido cerrado desde el viernes por la tarde, habiéndose realizado la salida usual de todo el personal el sábado. Todo estaba, pues, tal como había quedado el viernes y una inspección ocular podría proporcionar datos para orientar la pesquisa.

El local era tan grande, que con los hombres que tenía a mi disposición resultaba imposible una pesquisa completa y jamás podría haberla terminado para el lunes por la mañana. En tales condiciones recurrí a la gerencia del establecimiento rogándole que se pidiera a todos los empleados que revisaran prolijamente el sitio en que les tocaba trabajar.

SE SOSPECHA DEL SERENO

En el ínterin revisé la habitación del sereno y estudié cuidadosamente los corredores y pasadizos que conducían a otras partes del edificio y al lugar en que había sido encontrado el cuerpo de la niña. Preparé, también, un apunte del interior y luego dediqué mi atención al exterior. La fábrica y el terreno baldío adyacente, según lo comprobé, estaban aislados por la edificación que los circundaba. Era muy significativo el hecho, que ya había sospechado al examinar el terreno, de resultar completamente imposible llegar al sitio en que había sido hallado el cuerpo sin pasar por el interior del edificio.

Ese fué mi primer argumento contra Beard. El segundo lo suministró un muchacho que se presentó a declarar, que había visto al sereno hablando con la niña en la parte de afuera de la fábrica, pero que no la había visto penetrar al interior.

Por lo que hace a la niña, poco había que investigar. Se llamaba Ivy Lidia Wood y era hija de un comerciante de la localidad. En la tarde del viernes había salido a hacer un mandado poco antes de las seis de la tarde y no había regresado más.

UN CRIMEN SALVAJE

Yo había visto el cuerpo de la inocente. Aparecía estrangulada, como lo probaban las señales brutales de los dedos que habían atenaceado su garganta. Su vista me conmovió y juré no descansar hasta desenmascarar al cobarde asesino.

Cuando regresé a la comisaría de Hyde, un abogado, designado defensor de Beard, se hallaba conversando con el comisario.

(Continúa en la página 42)

Basilio Zaharoff, el...
(Continuación de la página 7)

ge competencia técnica a la par que grandes aptitudes diplomáticas?

El Congreso de Berlín de 1878 crea el polvorín balcánico que va a dar origen a varias guerras. Grecia se prepara para lograr algún día por la fuerza lo que el derecho le ha negado. Zaharoff, en quien ya apunta el "magnate de la muerte súbita", consigue para Grecia un crédito de cien millones de francos, que deberá invertir en armas que él mismo le venderá. Como se ve, Zaharoff esgrime ya en maestro sus primeras armas, ganando como proveedor, como comisionista de banqueros y como intermediário de empréstitos. Vende un submarino a Grecia y dos a Turquía, además de proveerlas de toda la maquinaria de guerra. Recorre los Balcanes atiborrando los arsenales con instrumentos mortíferos. Y así, montenegrinos, servios, búlgaros, griegos y turcos se matan entre ellos con las armas que el joven Zaharoff les vende.

Las grandes potencias comienzan a creer en el submarino, y Zaharoff vende. Pero vamos a mencionar escuetamente algunos de los grandes negocios que ponen a Zaharoff a la cabeza de los potentados del mundo.

NACE LA AMETRALLADORA

1888. Hace tres años que Zaharoff es socio de su patrón. El americano Hiram Maxim acaba de inventar la ametralladora. Basilio lo asocia a su empresa y nace la Maxim-Nordenfeldt-Gunandt Ammunition Cº. *1899.* El ejército inglés adopta la ametralladora. *1890.* Nordenfeldt salta del consorcio. "Donde Maxim y Zaharoff van — dice siempre Ho :teclocque, de quien tomamos estos datos, — es que las guerras van a estallar". Pero ya no se trata de los pequeños incendios balcánicos, sino de verdaderas guerras. Guerra chinojaponesa, guerra hispanoamericana. Maxim provee a sus paisanos, pero ¿cómo proveer a los españoles? La duquesa viuda del duque de Marchena, y después del duque de Villafranca de los Caballeros, amiga del bello Zaharoff, introduce a éste en la corte española, y lo demás corre por cuenta del astuto Basilio.

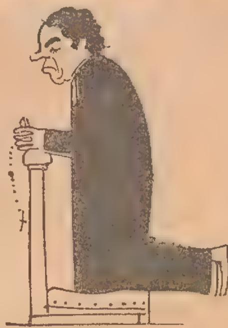
Guerra rusojaponesa, guerra angloboer. La firma logra siempre su propósito de armar a los dos bandos. Pero en esta última Zaharoff va a fracasar. El War Office opta por una compañía rival, la Wikers. Maxim, Zaharoff y Wikers se asocian. Sir Ernest Cassel ha financiado este asunto. Este gran financista judeo-anglo-alemán es la eminencia gris y el hombre de negocios del rey Eduardo VII. Ya está Zaharoff en las altas esferas de la corte, del gobierno y de las finanzas de Inglaterra. Pero esto no le basta. Su mirada de águila atraviesa la Mancha, y tras su mirada, su presencia misteriosa se nota en las crónicas mundanas de París, en los salones y en las grandes fiestas, y ¡oh ironía!, se instala en el número 54 rue de la Bienfaisance.

1908. M. Basil Zaharoff, hombre sin patria, es nombrado Caballero de la Legión de Honor, a propuesta del Ministerio de Marina. Clemenceau está en el gobierno en ese momento.

1910. Contribuye con una fuerte suma a la fundación de la Societé des Quotidiens Illustres, que va a fundar el diario "Excelsior". Adviértase cómo tiende la red en la que saldrá a flote la gran guerra que necesita. Entretanto, sigue trustificando fábricas de armamentos.

Anónimos

Martín Punzón, que continúa en el presente número sus colaboraciones en "Mundo Argentino", ha desempeñado por espacio de largos años un cargo en la oficina de descifradores del correo de Calamuchita. Esta oficina llena un cometido interesante y curioso a la vez: todas aquellas cartas mal dirigidas o con direcciones ininteligibles pasan por las manos de sus empleados, verdaderos maestros del jeroglífico. La mayor parte de aquéllas quedan en esa oficina como un osario, y cuando los casilleros están llenos y ha transcurrido un tiempo prudencial, deben quemarse. Pero Martín Punzón prefirió leer esas cartas, y como advirtió que muchas tenían gran interés, las coleccionó. Declarado cesante por una de esas explicables eventualidades del momento actual, ha creído oportuno sacar provecho de tales cartas, y nos las ofreció. "Mundo Argentino" ha adquirido los derechos de esta colección que irá publicando semanalmente.



A la mulata Domitila.
En su rancho o donde sèncuentre presente.

Andás en boca 'e todo el mundo y no tenés perdón de lo que estas asiendo. Me das vergoensa cada año con un chico nuevo y tullo porque si juera ajeno que ¡mimporta ¡...!.. que comadreja (?) grandota matemos anoche junto aljagüel (!). Yo no soy aspamentera ni cuentosa soy nomás una mujer desente y esta carta lescribe el sacristán por mi pedido (porque ella no sabe) porque yo no sepo escribir pero digo las cosas claras pero ay cosas que ay que mandarlas a dicir porque nose pueden. Y esta es para que te pongás bien con Dios y remediés la situación casandote pronto porque te podés morir de golpe y los mocosos son los que vanapagar el pato quedando judios pa siempre. Andás buscando pretesto alargando el asunto y me hacés acordar a la labandera Fortunata. En ese papel recortado del diario está la historia de tu parienta. Haber si vos también salís con la misma. Un saludito de LABESINA DE CERCA.

Aljunto el papel bale.

RAZON DE FUERZA MAYOR

Se sabe que misia Rosa
— la patrona de la estancia, —
por creyente, está furiosa
con lo que ocurre en la chacra.
La puestera Fortunata
vive arrimada a un tal Díaz,
y porque es guacha la cría
— más de una larga docena —
la intervención de la Iglesia
misia Rosa patrocina.

Por eso ha llegao del pueblo,
en su antiguo carricoche,
el señor cura Severo,
que es el alivio del pobre.
Muy atento oye el informe
que la patrona le endosa,
y viendo fácil la cosa,
al trotecito del bayo,
mientras mascullа un rosario
endereza hasta la choza.

De entre unas plantas de "yedra",
tironeando una criatura,
aparece la puestera
y al viejo padre saluda.
Ahí nomás hablan, sin duda,
de la cuestión del casorio,
el cura insiste a su modo
en que el asunto se arregle,
pero la doña enmudece
y se queda como un tronco.

Se niega la Fortunata
a explicarle sus razones,
y al oír la perorata
su impedimento le expone:
— Rejuntada estoy, perdone,
desde hace mucho con Díaz,
y comprìendo la herejía,
pero es al ñudo atorarme;
con él no puedo casarme...
¡no le tengo simpatía!



En *1914*, vísperas de la gran guerra, las empresas de Zaharoff son las siguientes, según los datos de los autores ya nombrados:

Ingleses. Wikers, cerca de mil millones de capital y de intereses industriales. Consejero financiero, Sir Vicente Caillard, hombre de confianza del ministro conservador Chamberlain. *Armstrong.* Mil millones quinientos mil. Sus accionistas son miembros de la dinastía y de la aristocracia inglesa en su mayor parte. *Beardmore.* Célebre fábrica de ametralladoras. Consejero financiero, lord Balfour, ministro inglés.

Francesas. Sociedad Francesa Whithead (la princesa de Bismark es del Consejo de Administración). Sociedad Nikel 9, en asociación con los Rotschild. Provisión de usinas de guerra.

Rusas. Reval, Tzaritzine, en combinación con las sociedades alemanas Krupp y Ludwing Lowe y con la rusa Poutiloff.

En *Julio de 1914*, Zaharoff es nombrado comendador de la Legión de Honor.

A los pocos días su sueño se realiza. Millones de hombres van a jugar el espantoso juego de la guerra con las armas que él ha vendido a unos y a otros. Nueve millones de hombres caerán en los campos de batalla, en las ciudades donde los inmensos cañones alcanzan con su fuego implacable. La civilización parece que va a perecer entre el lodo de las trincheras, donde los hombres agazapados enloquecen, matan y mueren como ratas en su agujero. Las calles de las ciudades y de los pueblos se llenan de cortejos de madres que lloran sobre su luto. Horribles procesiones de mutilados se agolpan mudas ante los palacios de los reyes y de los gobernantes... En Rusia mueren de hambre millones de niños... Por todos los caminos de Europa es el éxodo trágico de los que todo lo pierden, hasta las manos familiares, cuya caricia sería un consuelo en la hecatombe. La violencia se ha desatado sobre el mundo. ¿Quién podrá detener esa cosa feroz y ciega que han echado a rodar ante la vida los Magnates de la Muerte Súbita? El armisticio llega. Pero aún hay armas y violencia y sed de sangre y locura... ¿Cómo detendréis esa terrible fuerza que habéis soltado?... Ahora son hermanos contra hermanos. Por la avenida de los Tilos, de Berlín, es la sangre de Rosa Luxemburgo y de Lieknert, y en un sórdido sótano de Ekaterinembourg, la sangre inocente de las hijas del zar, de su hijo, de su mujer, la sangre del autócrata, acribillados todos a bayonetazos.

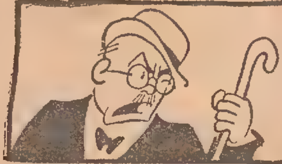
¡Pero los Magnates de la Muerte Súbita han vendido sus armas!

SIR BASIL NO ESTA CONTENTO

Al terminar la guerra, solamente la casa Wikers ha vendido *100.000 ametralladoras, 5.500 aviones, 2.328 cañones, 4 acorazados de línea, 3 cruceros acorazados, 53 submarinos, centenares de miles de toneladas de obuses y de balas de ametralladora.* Sólo este negocio ha producido al grupo inglés de Zaharoff *treinta mil millones.* Falta agregar las cifras del grupo francés y del ruso.

Durante todo ese tiempo, Zaharoff conquista el título de "Mistery man of Europa". Va y viene de un punto a otro de Europa, dejando tras sí esa estela de misterio tras la cual hay legiones de muertos. En las cámaras francesa e inglesa se ataca a los respectivos gobiernos por ceder a la influencia de ese hombre que es ya una fuerza del mundo. Gran Cruz de la

(Continúa en la pág. 52)



Don Fermín por DANTE QUINTERNO













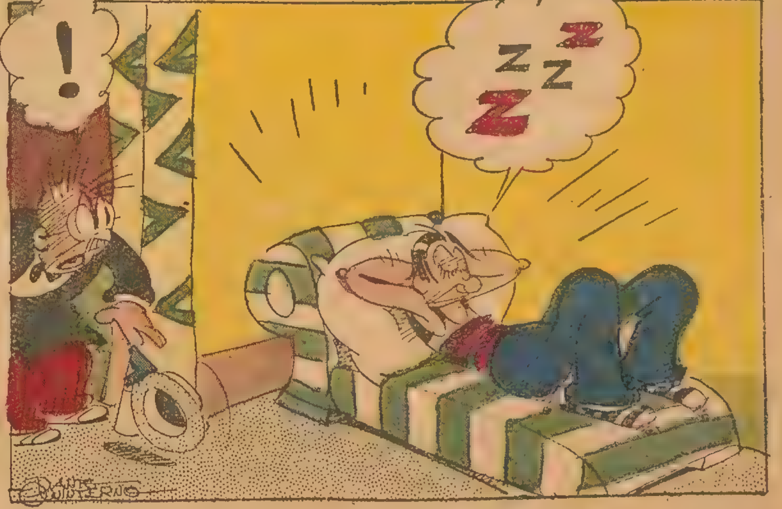












CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

¡Tienes mucha razón en lo que dices! ¿Por qué mis lectores me tutean? Porque me consideran un amigo íntimo, un familiar casi. Tanto, que ya soy tío, abuelo, padre y novio de una respetable cantidad de lectores y lectoras diseminados por todos los rincones de esta república. Y siendo así, ¿por qué no he de tutearlos yo también? ¡Si con ello no haré más que retribuir la galantería o el exceso de confianza, como se le quiera llamar. ¡Vaya, pues, por el tuteo! ¡Pero no haré un tuteo a base de "vos", de "vení", de "¡mandate a mudar!" ¡Nooo! ¡Vamos a emplear el "tú", el "ven", el "largate de ahí!", dicho con cierto tonito andaluz, y hasta de vez en cuando empaquetaremos un "¡olé!" con castañuelas y todo. ¡Y a ver si sale por ahí algún lector seriecito que se oponga!

a **Dennis.**



La filmación de "Frankestein" y "El hombre y el monstruo" hizo que de inmediato los mejores cabarets de Hollywood cambiaran de aspecto, trocando su natural alegría por el más desolador aire de misterio. He aquí a varias distinguidas personalidades de la pantalla sorprendidas en "plena algarabía" durante una fiesta nocturna. 1, George Arliss; 2, Ramón Novarro; 3, Boris Karloff; 4, Zasu Pitts; 5, Gloria Swanson; 6, Joan Crawford; 7, Edmundo Lowe; 8, Wallace Beery; 9, Lilyan Tashman; 10, Chester Morris; 11, William Powell; 12, Fredric March y 13, John Barrymore.

¡Ahí va la primera! Todo lo que me dices de **GRETA GARBO** me parece muy bien. ¡Eso es hablar con sentido! **Reina y mártir** de **POLA NEGRI** me pareció bastante mediocre. **Ella cumplió 35 años el 3 de enero** último, y, según parece, no ha dado gran resultado en las parlantes. Conforme a tu pedido, dejo el "usted" a un lado y empleo el "tú". Ya ves si acepto o no la amistad que me ofreces.

a **Conchita Karley.**

Gracias a Dios, ignoro adónde puedes dirigirte para obtener una foto de **GRETA GARBO.** ¿No te agradaría lo mismo conseguir una de **MARLENE?** ¡Palabra que te ibas a enamorar de ella! ¿Que si quiero que me escribas? ¡Cómo no! ¡Me agradan tanto esas cartas de puro corte garbista, desesperadas, llenas de protestas y de cosas raras! ¡Y todo porque yo no me afilio a la legión garbista!

a **Blancanieve.**

Desconfío de la posible modestia de ese actor, amiguita. En Hollywood la mayoría de los astros famosos no quieren verse rodeados de personas porque temen que nadie les pida un autógrafo... Y a lo mejor a ese le sucede lo mismo.

a **Clorinda F.**

¡Alto ahí! ¡Me confieso marlenista de pura cepa, antigarbista declarado y detractor, por consiguiente, de la sueca! ¡Pero cuando se trata de hacer justicia la hago! ¡Dejo de lado mis enconos profesionales, siento que mi corazón se dulcifica, que mi alma se eleva, que mi cerebro se niega a obedecer mis naturales instintos y hago justicia como la voy a hacer ahora. Las **Brisas marinas** de ustedes, estimadas lectoras, se han convertido esta vez en vulgares **Tormentas de aire. GRETA** está muy bien en **Mata Hari.** ¡Pero muy bien! Por consiguiente opino que han hecho ustedes muy mal en poner a la sueca por el suelo. Es necesario que la levanten, amiguitas...

a **Brisas marinas.**

Opino que ese cronista que calificó a **Mata Hari** de film malo e inmoral lo mejor que puede hacer es no escribir más sobre cine por el primer adjetivo, y meterse a cura por el segundo. **Mata Hari** es una buena película, y en mi concepto, lo mejorcito que ha hecho **GRETA** hasta la fecha. En cuanto a **RAMON NOVARRO** puede ir a verlo con confianza. Luce unos bigotitos, una figurita y unos ademanes afeminados que voltean...

a **Afligida.**



Greta Garbo, la estrella que ha retornado a Suecia. ¿Estará aquí meditando sobre su futura actuación artística?

Jean Harlow, la rubia platinada que triunfa por su belleza y su talento.

Muchas gracias por todo en nombre de **Terencio de la Barba Aspidu y Montarco.** (¡Miren que llamarse así!) Como tu verás, lo he desterrado de esta página.



Miriam Hopkins y Phillips Holmes, en la producción "Dos tipos de mujer".



Clark Gable, intérprete principal, con Wallace Beery, de "Titanes del aire".

He aquí el impasible rostro que la estrella norteamericana Ann May Wong luce en "El expreso de Shangai".

Quería hacerse el "sueco" con demasiado entusiasmo...

a **Esther Long.**

ANA MARIA CUSTODIO, tiene 27 años, cumplidos, y puede verla con **JOSE MOJICA,** que luego de un paréntesis vuelve a actuar en el cine en **Mi último amor.** Después de **Mata Hari RAMONCITO** no filmó más ni se sabe cuál será su próxima. Como ves, te contesto yo y no mi ex secretario. Ese cuadro que te has formado de mí es completamente erróneo. ¡Te lo aseguro! Empezando por la edad... ¿Yo 30 años? ¡Vamos!... ¡Ojalá pensaran lo mismo todas las que se titulan hijas, nietas y biznietas mías!...

a **Fut. esp. de K.**

Hazme el favor de copiar cualquier modelo de carta de los publicados últimamente y remitírselo a **Marlene.** No, hijo! ¡Se acabaron los duelos en esta página! Si quieres decirle cuatro frescas a algún garbista que te salga al paso, aquí va tu dirección: Ego. Sudini, Bragado (F. C. O.). De manera que ya lo saben los defensores de la sueca.

a **Amigo de King.**

Por 145.289ª vez repito que no puedo enviarte ni publicar mi foto en esta revista. No quiero exponerme a perder, por un simple rostro más o menos tipo "lonchanesco", la admiración de las lectoras.

a **Pampeanita.**

Ese actor que tú mencionas es **RAUL FIGAROLA, nacido en La Habana el 26 de diciembre de 1893. KENNETH HARLAN** es neoyorquino, y **TALLULAH BANKHEAD** utiliza su propio nombre en el cine. Ese rubio de **Poseída** es **SKEETS GALLAGHER,** nacido en **Terre Haute (EE. UU.).**

a **Lindolfo.**

No niego que, como dices, el espectador que presencia una película de **GRETA GARBO** parece que lo hace dispuesto a ver algo realmente interesante, a solazarse, a recrearse y a extasiarse, para lo cual hasta causa la impresión de que al sentarse trata de acomodarse lo mejor posible para no perder un solo detalle del espectáculo. En efecto, no he de negarte eso, pues es cierto, pero debo advertirte que todos esos preparativos no significan que deba sin falta presenciar algo bueno. ¿Quién te dice que ese señor no hace tales preparativos por si en la mitad de la cinta el sueño lo vence? ¡Desconfía, pues, de esas personas que se acomodan tan bien cuando van a ver un film de la sueca! ¡Que a lo mejor hay que despertarlas cada cinco minutos!...

a **Julio Ernete.**

LUPINO LANE hace de camarero de **Chevalier** en **El desfile del amor.** Es muy raro que no hayan visto ninguna parlante de **RICARDO CORTEZ,** pues ya ha filmado bastantes. En cuanto a miss Córdoba, me pareció bastante bonita. Si la ves preséntale mis saludos y dile que muchas de las actuales estrellas de Hollywood comenzaron su carrera como ella...

a **Cordobesita de la Av.**

Lo lamento, pero no puedo decirte la clase de religión que practica **CHARLES CHAPLIN.** Todos los datos biográficos que tengo los recibo directamente de las agencias en Hollywood y allá está terminantemente prohibido divulgar tal clase de informaciones.

a **Admirador de Chaplin.**

La que tú citas es la última película de **CHARLES ROGERS** quien, aunque en la actualidad no filma, no creo que se haya retirado de la pantalla. Sí; creo que es buen mozo y un actor de discreto para abajo, todo lo contrario de **CHARLES BIKFORD,** que no es buen mozo, pero es un actor de discret

para arriba. En cuanto a **BARRY NORTON**, estoy completamente de acuerdo con la opinión de tu amiguita.

a **Una chica de Perg.**

En efecto, los padres de **RENEE ADOREE** fueron artistas circenses y ella actriz teatral en Nueva York. Puede decirse que su consagración en el cine se produjo en **El gran desfile**, con **JOHN GILBERT.** Ese actor de **Tragedia submarina** es **FRANK K. ALBERTSON, nacido en Fergus Falls (EE. UU.), el 9 de febrero de 1909.** Está casado con Virginia Shelley desde marzo de 1931. **KEN MAYNARD** usa su verdadero nombre en la pantalla.

a **Kitty.**

WILLIAM HART nació en Newburgh (EE. UU.), allá por el año 1872. No; ya no filma más, gracias a Dios. **FRED THOMPSON murió el 24 de diciembre de 1928.** Y no sé por qué me está pareciendo que tú eres uno de esos que no pierden una película de **TOM MIX** aunque estalle una revolución...

a **Cow-boy.**

¿Que mi secretario te agrada mucho? ¡Paciencia! Porque como comprenderás a estas horas ya no está conmigo. Lo eché porque tenía ideas raras en la cabeza. Decía que le gustaba **GRETA**... ¡Imagínate!

a **Mary Pickford.**

MONTY BANKS es italiano, de Cigena, donde nació el 18 de julio de 1898. Su nombre verdadero es Mario Bianchi. **WILLIAM HAINES** es soltero. Lamento mucho haberle causado tan buena impresión. Porque eso de agradarle a quien como usted tiene las facultades mentales alteradas no es muy bueno que digamos...

a **Loco manso.**

Titanes del aire se llama en inglés **Hell divers.** La versión inglesa de **Hombres en mi vida** fué hecha por **LOIS MORAN** y **CHARLES BICKFORD,** y se llamó **Men in her life. JAMES KIRKWOOD** es norteamericano y **Beatrice Powers**, una joven de veintiún años es su esposa. ¿Que nuestro cine nacional es menor de edad? ¡Y tanto! ¡Como que aún hay que darle la mamadera!

a **Inglesita.**

HOMBRES DE MADERA (Continuación de la página 10)

ojos rimmel y remedan todo lo que le vieron hacer. Pero no logran aquella rigidez, aquella apariencia de madera pintada, de maniquí con articulaciones. Algunos, cansados de la postura forzada, respiran fuerte, de vez en cuando, o pestañean, o miran la calle. El sufrimiento, invisible en el otro, es evidente en éstos, apenas uno los observa con atención.

Cuando ando por el centro, yo me detengo a mirarlos. Hace días, en la vidriera de una sastrería, en la calle Esmeralda, vi a un niño de pocos años hacer de maniquí. Estaba en compañía de un maniquí adulto, y ambos servían para el reclame de sobretodos baratos. La imitación era deplorable. Me quedé mirando al niño, que hacía esfuerzos penosos por no moverse. Tenía uno de los bracitos alzados, su cuerpo oscilaba. Era una tarde fría, y sin duda sus piececitos estaban helados. ¡Qué herejía tenerlo allí, en estos días de invierno!

Pero al constante padecimiento físico se agregó bien pronto un dolor moral. Porque ante la vidriera se paró un chico a quien su madre tenía de la mano. Y este chico empezó a burlarse del pequeño maniquí, con esa perversidad inconsciente de los niños felices y mimados, que no pueden imaginar las tragedias ni los infortunios que no han conocido.

El niño de la vidriera, después de soportar con paciencia, durante un rato, la burla del niño feliz, apretó los labios y le echó una mirada de amenaza. Hubiera querido pelearlo, enseñarle a respetar una obligación ya demasiado penosa para que todavía pudiese servir de mofa. Y si no se salió de la vidriera para pegarle, fué acaso por la idea de que su propia madre, en la casucha triste, tenía necesidad del mísero salario que ganaba con su oficio penoso.

Al día siguiente volví con el propósito de conversar, si era posible, con el pobre niño. Pero me dijeron, en el comercio, que había faltado. Entonces busqué otros maniquíes vivientes. Encontré dos en una vidriera de la calle Maipú. Los propietarios del comercio, imaginando que un repórtaje a ellos, en MUNDO ARGENTINO, sería una reclame más para la casa, consintieron en "retirarlos" por un cuarto de hora de la vidriera.

Eran dos jóvenes de unos veinte años. Antes los había observado durante algunos minutos, desde la acera, confundida entre los curiosos allí agolpados. Uno de ellos, debido al doloroso esfuerzo de no pestañear, lagrimeaba, con lágrimas que resbalaban sobre la pintura del rostro.

—*¿Cómo se pintan ustedes?* — les pregunté.

— Con un pincel.

—*¿Alguna pintura que no les haga mucho daño a la piel?*

— Sí..., pintura ordinaria.

— De esa que se usa para pintar las paredes.

Ambos se pusieron a reír. Respiraban con alivio, se desperezaban disimuladamente, sentían un enorme desahogo, contentos, por aquel corto espacio de tiempo que mi entrevista les substraía a la postura insoportable de varias horas. Deseaban, sin duda, que la conversación conmigo se prolongara lo más posible. Y querían abundar en detalles informativos.

— A veces, claro, la pintura ya reseca nos hace cosquillas, y hay que aguantar. ¿Se imagina usted, señorita, lo que es aguantar las ganas de rascarse, cuando la pintura parece que a uno le tironea la piel?

—*Y por la noche, cuando ustedes vuelven a sus casas, ¡cómo les ha de costar sacarse esa costra!*

— Un trabajo bárbaro. Con jabón no sale, hay que meter aguarrás.

—*¿Y no han encontrado una ocupación mejor?*

— ¡Qué quiere, en estos tiempos de crisis hay que tomar lo que venga! Gracias que tenemos esto.

Me preguntaron que dónde saldría publicado el reportaje; y uno de ellos, temiendo haber hecho declaraciones comprometedoras, empezó a fingir que el oficio les divertía.

— Le voy a decir, señorita; nos entretienen a veces las caras que nos miran con la boca abierta. Hacemos que no miramos, pero no se nos escapa nada. ¡Hay cada zanguango! Algunos se paran a mirarnos todos los días. Claro, no tienen nada que hacer, o no tienen plata para ir al cinematógrafo.

— Y con las niñas hacemos nuestras conquistas — añadió el otro, estimulado por su compañero. — Nos echan cada miradita... Ayer una me guiñaba el ojo. Tal vez vuelva esta tarde.

— Y nos escriben cartas. En casa tengo una punta de cartas, declaraciones.

Y charlando se ilusionaban, los pobres, se fingían idilios.

—*¿Y de qué se ocupaban ustedes antes?*

Me dijeron que eran estudiantes, que trabajaban de maniquí para costearse los estudios.

Después, posando, pusieron una fisonomía lo más alegre posible.

Al salir yo a la calle ya estaban ellos restituídos a la vidriera. Y pronto la tensión nerviosa, las pestañas inmóviles, los harían lloriquear.

FIN

FINAL DEL FOLLETIN

El HOMBRE de los

CAPITULO DECIMO, *escrito por* AGUSTIN REMON

RESUMEN DE LO PUBLICADO

A bordo del "Argus" regresan a la patria varios argentinos: Florencia Bulmer de Salazar, viuda del coronel Salazar, y su hija Alicia, el doctor Fournier y su señora, Lucio Araujo, Julito Yáñez Palma, los Funes, el matrimonio Almanza, el general Gutiérrez Pinto y un enigmático inglés, Mr. Silverton. Viaja también un camarero singular, Paul, que es poeta, y cuya vida encierra un misterio para todos. Alicia y Lucio parece que se atraen mutuamente. Una noche, al entrar éste en su camarote, encuentra a la viuda de Salazar, pálida, pero muy serena, con el índice en los labios implorando silencio. Julián Almanza le contó a Lucio Araujo la historia de las Salazar. Florencia Bulmer de Salazar había sufrido mucho por el carácter violento de su finado esposo, el coronel Salazar. Así fué que la muerte de éste resultó un verdadero alivio para toda la familia. Lucio Araujo no se había repuesto aún de la sorpresa que le causó la presencia en su camarote de la hermosa viuda, quien le entregó una cartera guardapapeles y le rogó que se la conservara discretamente. Mr. Silverton, que sorprendió a la viuda de Salazar cuando entró en el camarote de Araujo, se presenta a éste y quiere sobornarlo para que le entregue los papeles que le confiara aquélla. Totona Funes y Julio Yáñez Palma escuchan una noche una violenta discusión que dos personas sostienen en un camarote. Poco después ven aterrados huir a un hombre sobre cubierta. La bruma de la noche no les dejó ver la cara. Ese hombre era Mr. Silverton, quien acababa de tener una violenta discusión con Lucio Araujo. Aquél, en vista de que no pudo arrancarle las cartas ni por el soborno ni por la violencia, apeló a la confidencia: le dijo que esos papeles guardan el secreto de sus relaciones con la viuda de Salazar, y que ésta se los ha dado porque sabiendo que su hija comienza a sentir inclinación por Mr. Silverton, quiere desilusionarla cuando llegue la oportunidad, mostrándole esas cartas reveladoras. Lucio Araujo comprende el drama de Mr. Silverton, pero no quiere faltar a la palabra empeñada con una dama. Hay un baile a bordo, y en él se da cuenta la viuda de Salazar que su hija también se siente atraída por Mr. Silverton. Como éste le exige que esa misma noche le devuelva las cartas que ella le dió a guardar a Araujo, la viuda de Salazar se las pide, y cuando iba a dárselas, se encuentra con que han desaparecido misteriosamente. Alicia se entera de los amores de su madre y Mr. Silverton por una carta que halló casualmente y que se le cayó a Paul, el camarero, al sacar el paquete del camarote de Araujo para que no fueran a manos de Mr. Silverton. La hija le pide a la madre que lo olvide, y ésta se da cuenta de que Alicia también siente la terrible influencia del hombre fatal. Pasado el peligro, el paquete de cartas vuelve a Araujo. Mr. Silverton recuerda ahora que Paul se le interpuso, hace algún tiempo, en cierta ocasión en que estando Florencia de Salazar en un sanatorio de insanos recluída por su marido, él quiso burlar la vigilancia y aprovecharse de la situación. Fué Paul quien le retorció las muñecas y lo redujo a la impotencia. Paul perseguía a Mr. Silverton porque éste, años atrás, había seducido a su hermana y provocado su muerte. Cuando se enteró que el hombre siniestro rondaba el sanatorio donde estaba Florencia de Salazar, como era amigo del director del establecimiento, pudo entrar en él fingiendo que era enfermero. Conoció la mujer a la que asediaba Mr. Silverton, y lo que empezó por ser un sentimiento compasivo terminó por amor. Mas al darse cuenta de que ella amaba a ese hombre, abandonó la idea de venganza para no herir el corazón de la mujer querida. Mr. Silverton aparece narcotizado en forma tan extraña que en un principio da la sensación de que ha muerto repentinamente. Todo ha sido obra de Paul el camarero para evitar que el hombre siniestro desarrolle sus planes. En esto el vapor llega a Buenos Aires. Los pasajeros del "Argus" se desparramaron por la ciudad, menos Mr. Silverton, que despertó de su extraño sueño. Mientras tanto, Paul, el camarero, comenzó a informarse de quién era el misterioso inglés, resultando que Mr. Silverton no sólo no era inglés, sino que sus antecedentes eran de los más turbios. A los pocos días se realiza una fiesta en casa de Diego Luis Almanza: un pretexto para reunir a los pasajeros del "Argus" que constituían el "islote", y se presenta inopinadamente Mr. Silverton.

X

EL HOMBRE DE LOS OJOS DE ACERO

ACOMPAÑADAS por Lucio Araujo, de la casa de los Almanza madre e hija se dirigieron al hotel donde paraban en Rosario.

En el automóvil, durante el camino, apenas si cambiaron algunas palabras, despuntando triviales temas de conversación, truncados no bien se iniciaban.

Sentado entre Alicia y Florencia, el diplomático las observaba a hurtadillas.

La hermosa viuda tenía un gesto de reconcentrada adustez, que en vano trataba de atenuar con las vagas sonrisas con que a veces acompañaba tal o cual frase, que salía de sus labios sin apenas moverlos. En dos ocasiones, Araujo la había sorprendido parpadeando, nerviosa. Era evidente que Silverton seguía ocupando su pensamiento, y que el recuerdo del enigmático inglés la emocionaba hasta las lágrimas, cuya presencia no era menos ostensible por no aparecer en sus ojos.

En cuanto a la muchacha, casi no se atrevía a mirarla Araujo. La oía reír por los motivos más fútiles, ensayando alguna "boutade" sobre la inesperada llegada de Silverton; pero el temblor del brazo de Alicia, enlazado al suyo, decía a Lucio, bien claramente, cuál era el verdadero estado de ánimo de la que acababa de ser su novia oficial.



AGUSTIN REMON, hombre de teatro y novelista de aguda observación, es quien firma el capítulo final del FOLLETIN DE LOS DIEZ, habiéndole tocado la difícil tarea de escribir el desenlace, del cual, como era de esperarse, ha sabido salir airoso.

Al llegar al hotel, se encerraron los tres en la habitación de la madre. Como ellas no decían nada, Araujo propuso:

— Creo que debemos hablar con entera franqueza sobre el asunto que estamos tratando de rehuir...

Alicia le dirigió una rápida mirada, mezcla de súplica y de reproche, pero el diplomático prosiguió con igual tono:

— No necesito repetirles cuánto estimo a ustedes, ni ratificar ahora mi cariño a Alicia, a quien, cuando ella me conceda ese honor, haré mi esposa. Pero debemos aclarar la posición de ustedes respecto a ese hombre...

— ¿Puedes dudar de mí?

Antes de contestarle, Lucio envolvió a su novia en una mirada de afectuosa seriedad.

— No podría dudar de ti — le respondió — y mantener los propósitos que acabo de expresar.

— ¿Y entonces?



— Pero es indispensable saber a qué atenernos. Procedamos, en beneficio de nuestra amistad y de nuestro amor, con sincera confianza.

— No sé adónde va usted a parar... — insinuó la madre con voz débil.

— Voy a parar al punto que embarga el pensamiento de ustedes, y también el mío...

Hubo un movimiento de ambas, pero antes de que dijesen algo, el

DE LOS DIEZ

OJOS de ACERO

e ilustrado por **MONTERO LACASA**

diplomático las atajó, desarmándolas:

—¿No les parece absurda, a fuerza de intolerable, la fatídica fascinación que ese individuo ejerce sobre ustedes?

Al pronunciar la palabra "individuo", Araujo pudo notar un levísimo estremecimiento en Florencia. Se hizo un silencio, que Alicia rompió, hablando sin levantar la vista del suelo:

—Yo te quiero, Lucio, como no he querido a ningún hombre. Pero no procedería con lealtad si negase la impresión óptica, especie de hipnotismo, que Silverton me produce con sus ojos de acero...

—¿Y si todo eso no pasara de una obsesión de ustedes, si esa fatal influencia dependiera más de ustedes que de él?

Sus palabras fueron acogidas por las dos mujeres con una tenue y dolorida sonrisa de incredulidad.

—¿Han reparado ustedes esta noche en la mirada de Silverton?

—Yo no me animé — musitó Alicia.

—Ni yo... — agregó la viuda.

—Pues yo me he fijado bien — continuó Lucio — y puedo asegurarles que sus ojos tienen ahora un brillo distinto que en el barco.

—Bromeas. Quieres sugestionarnos...

—Quiero librarles de la otra sugestión — replicó Araujo a su novia.

Intervino la madre:

—¿Y piensa lograrlo engañándonos? Lo mejor sería que nos volviésemos en seguida a Buenos Aires, y que nos reuniéramos con los muchachos. Ya pensaremos el modo de perder de vista a ese hombre para siempre...

—¡Hay peligros que no se pueden conjurar sin afrontarlos, señora!

Su tono había sido de seca dureza. Alicia se lo advirtió con un gesto de censura. Araujo añadió, levantándose y tomando su sombrero:

—Yo no le tengo miedo a Silverton, y eso que me juego en la prueba nada menos que el cariño de Alicia...

—¿Qué vas a hacer? ¿Dónde vas? — le preguntó la muchacha.

—A buscar a Silverton. Paul debe saber dónde se encuentra.

—¿Y?...

A la interrogación silmultánea de Florencia y su novia, el diplomático repuso:

—Necesito ver confirmada en ustedes mi impresión, o convencerme de una vez de que la cosa no tiene remedio. No puedo casarme con una mujer que teme a otro hombre, es decir, que tiene la voluntad hipotecada...

Y antes de que ellas pudieran detenerlo con alguna objeción, Lucio Araujo salió del cuarto y del hotel.



Curándose en salud, la jovial solterona le repuso: —En eso y en otros detalles, aunque hablo como espectadora, y no como protagonista... Pero no me negará usted que en este caso acierto. Fíjese en el inglés. Su mirada, de pronto, se ha apagado. El hombre se arrincona...

Ante la inopinada salida de Alicia y de Florencia, las miradas de todos los concurrentes a la fiesta de los Almanza convergieron en Silverton, en quien, desde luego, adivinaban el causante de aquel mutis brusco, que tenía los aspectos de una verdadera fuga.

El inglés, sintiéndose la meta de tantas miradas, orilló la embarazosa situación con sus habituales recursos de hombre de mundo, sonriendo despreocupado y teniendo una frase de exquisita galantería para las damas, que eran, naturalmente, quienes lo contemplaban con más curiosa fijeza. Y así, pronto se salvó la especie de bache que en la reunión había provocado la reciente marcha de madre e hija, en compañía del joven diplomático.

Sin embargo, tras la actitud desenvuelta y sonriente de Silverton, no era difícil vislumbrar un súbito y profundo decaimiento.

Totona, con su fino instinto de mujer, aguzado por su prolongada cuanto involuntaria soltería, fué la primera en advertir el verdadero estado de espíritu del inglés.

—No hay duda — murmuró al oído del general Gutiérrez Pinto. — Mr. Silverton está "metido". Con la madre, o con la hija... o con las dos al mismo tiempo...

—¡No sea bárbara! — exclamó el viejo militar.

—¡Quién sabe!...

—¿En qué le conoce usted lo del "metejón"?

—En la mirada. Se le ha entristecido de repente.

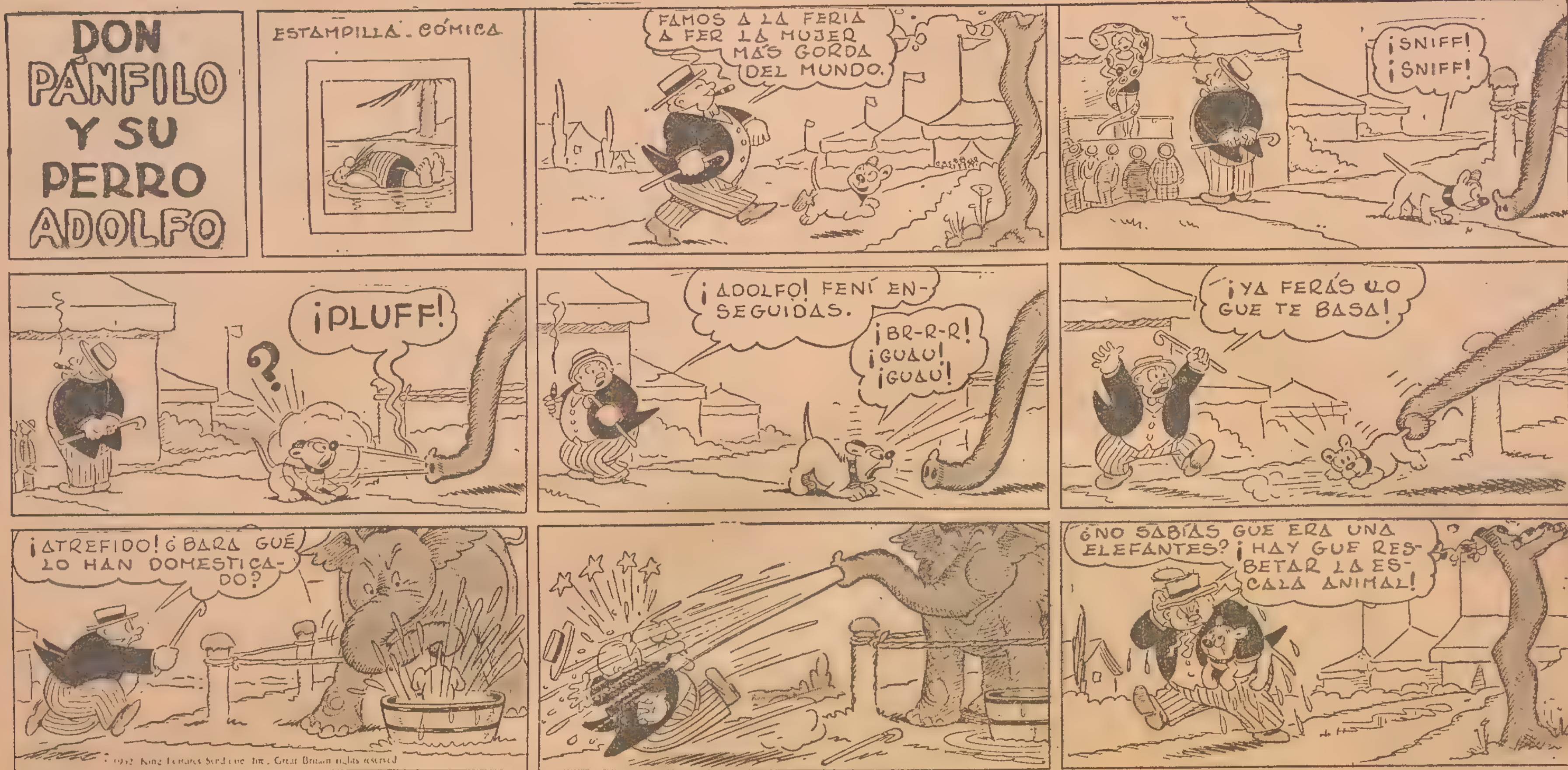
—¿Y en eso conoce usted cuando un hombre está enamorado?

El general sonreía. Curándose en salud, la jovial solterona le repuso:

—En eso y en otros detalles, aunque hablo como espectadora, y no como protagonista... Pero no me negará usted que en este caso acierto. Fíjese en el inglés. Su mirada, de pronto, se ha apagado.



La ilustración del desenlace de EL HOMBRE DE LOS OJOS DE ACERO le ha correspondido a uno de nuestros buenos dibujantes: MONTERO LACASA, que con este trabajo se reincorpora al periodismo, del que había permanecido alejado temporariamente, y en el cual goza de bien ganada reputación.



El hombre se arrincona... Quiere pasar inadvertido... ¿Eh?... ¿Se marcha?

En efecto, Mr. Silverton dejó el salón, y sin despedirse de nadie, salió, presuroso, a la calle.

Hacía una noche clara y tibia, y el inglés decidió llegarse a pie hasta el centro de la ciudad.

Iba el hombre abstraído, fruncido el entrecejo, caminando con su paso ligero, de elasticidad un tanto gimnástica.

A poco, al cruzar una calle solitaria, sumida en vaga penumbra, se le interpuso un hombre. Llevaba arrollada al cuello una bufanda negra que le cubría parte del rostro.

—¡Párese! ¡No se mueva, Silverton!

El inglés se detuvo sin pronunciar una palabra, ni hacer el menor gesto.

—¿No me esperaba usted?

—No le esperaba — le contestó Silverton fríamente, — pero celebro el encontrarle. Pensaba ir en su busca...

—¿Usted..., a mí? — acertó a decir el hombre de la bufanda, evidentemente desconcertado.

Silverton agregó en igual tono, pausado e indiferente:

—Se lo aseguro, monsieur Maurice de Louissaye. Así que puede usted sacar la mano del bolsillo y dejar en paz su revólver...

— Pero ¿usted no sabe que yo puedo matarlo? — le replicó el falso camarero, reaccionando.

—¿Y conseguiría al matarme que Florencia le amara? Todo lo contrario... Además, su disparo — el primero, — tendría que matarme instantáneamente, si no quiere usted morir en mi lugar... Yo también voy armado, y tengo una puntería excelente...

Abierto el liviano sobretodo, los pulgares en las sisas del blanco chaleco del frac, Silverton tamborileaba los dedos sobre su pétrea y deslumbrante pechera. Admirábase que sus manos estaban listas, como las de los modernos pistoleros cinematográficos, a extraer un arma de algún bolsillo especial del costado superior del saco...

—¿Cómo sabe usted mi verdadero nombre? — le espetó Paul a bocajarro, acercándosele amenazador.

Sin dejar de mirarle, Silverton dió un paso atrás, preparado a repeler un posible ataque. Mas como el otro no avanzara, le propuso:

—¿No cree usted que podríamos hablar en algún otro sitio más apropósito que éste?

—¿Dónde?

—Dónde usted quiera.

—¿En mi hotel?

—"All-right"...

Subieron a su automóvil y unos minutos después se encontraban ambos en la salita de lectura del hotel que ocupaba Maurice.

Cuando el camarero poeta fué a cerrar la puerta de la habitación, encargando al empleado del hotel que nadie les molestase, el inglés invitó a Paul:

—¿Un whisky?

—Sirva dos whiskys.

Mientras les traían la bebida, sentados ante la mesa, llena de revistas, periódicos y guías de ferrocarriles, los dos hombres se miraron largamente, en silencio. Silverton sacó después su pañuelo, y se lo pasó por los ojos con meticulosa lentitud, posando en ellos el lienzo, como si su contacto le causara una sensación de alivio.

Al observarlo, el ensombrecido rostro de Paul se animó con una sonrisa de reconcentrada perversidad.

—¿Se siente mal de la vista?

Sin dejar de reparar en aquella muestra de sospechoso gozo, el inglés le respondió después de una pausa:

—No sé... Algo tengo en los ojos. No he dispuesto de tiempo para consultar a un médico...

Entró un mozo con el whisky. No bien se hubo retirado, Paul se adelantó a servir al inglés, incrustando, al aproximársele, sus ojos en los de Silverton. Y la misma feroz sonrisa de hacía unos momentos, volvió a aparecer en el semblante del ex camarero del "Argus".

—¿De qué se sonríe usted?

—De nada...

La cara del francés retomó su gesto agrio, de sorda iracundia.

—¿Podría usted decirme ahora cómo sabe que me llamo Maurice de Louissaye?

—He realizado averiguaciones — le contestó Silverton con calma. — Como usted respecto de mí...

—¿Entonces sabrá usted que no ignoro que es usted un miserable?

Le había escupido la interrogación en un tono de rabioso desprecio, haciendo un ademán de desafío.

Silverton lo miró fijamente y se acomodó en su asiento como dispuesto a pronunciar un largo párrafo.

—Escúcheme usted, con serenidad... Después, si usted quiere, nos mataremos sin miramientos... Yo sé, al fin, quién es usted. Y usted, en cierto modo, conoce también mi vida... Pero la conoce por los datos que la que fué mi esposa facilitó a la policía... Yo no soy un miserable...

—¿Y su conducta con mi hermana? — le interrumpió Maurice, crispados los puños. — ¡Usted fué un canalla con Madelaine!... ¡Usted provocó su muerte, al suicidarse la hija de ustedes!...

—Cálmese usted... Cuando yo conocí a la pobre Madelaine, aún no me había divorciado de mi esposa. Al ocultárselo — y en eso consistió toda mi "canallada" — procedí como proceden la mayoría de los hombres enamorados, sin un sentido exacerbado del deber. Simplemente...

—¿Simplemente?

—Claro que sí, aunque a usted le parezca monstruoso. Pero despójese un instante de su carácter de hermano de Madelaine, y aprecie la cosa como un hombre cualquiera. Si ella hubiese conocido mi verdadera situación social, es seguro que nuestra relación no habría seguido adelante. Y yo la amaba...

—¡No sea usted cínico! ¡Madelaine no fué más que una presa para usted!

—¡Ojalá lo hubiera sido yo para ella!

A Mauricio le pareció no haber oído bien. ¿Cómo podía hablar en tal forma aquel hombre? Indudablemente, trataba de desconcertarlo... Pero no lo lograría. El odio que en tantos años había ido acumulando en su pecho, subía a su garganta, refulgiendo en su vista.

Como ajeno a la presencia de su implacable enemigo, Silverton había vuelto a sacar su pañuelo, presionándose con él, pausadamente, en los ojos.

—¿Qué piensa usted? — preguntó el inglés, sin mirar a su interlocutor.

Dejando caer sus palabras, le contestó Maurice:

—Pienso que intenta usted emplear conmigo las mismas malas artes que suele usted usar con las mujeres. Pero a mí no puede sugestionarme con sus palabras, como a ellas con la mirada...

—Continúe...

—Usted me pedía recién que le hablase como un hombre cualquiera... ¡Como un hombre voy a hablarle, y como un hombre voy a plastarlo!

Se abalanzó sobre él, pero Silverton lo esquivó con un rápido movimiento. Empuñando sus revólveres, los dos hombres se miraron unos segundos a través de la mesa.

—Ahora, ¿quién me desafía? ¿El hermano de la pobre Madelaine o el despechado enamorado de Florencia Bulmer?

Y como Maurice titubease, indeciso, eligiendo la respuesta, el otro prosiguió con voz desdeñosa:

—Si su rencor son celos, tengo que despreciarlo. Es usted un mal perdedor. Yo no tengo la culpa de que Florencia me prefiera a mí...

El francés estalló en una risotada:

—¡Lo prefirió — le replicó en seguida — por el poder magnético de su mirada!...

—Bien, admito que sea por eso... ¿Y...? ¿Qué es lo que provoca su risa?

Antes de responder, Maurice adoptó una posición alerta, como preparado a hacer frente a las consecuencias de lo que iba a decir:

—¿Y...? — insistió el inglés.

—Pero lo que usted ignora es que su mirada ya no volverá a ser lo que fué... Porque no me limité en el barco a darle un narcótico...

Como adivinando, Silverton lanzó una exclamación ahogada, llevándose una mano a los ojos. Maurice, de un salto, se abalanzó sobre él, sujetándole la otra mano, en la que empuñaba el arma. Y poniéndole la suya en el pecho, prosiguió:

—Tuve tiempo, cuando lo vi sin conocimiento, de echar entre sus párpados cierta substancia..., y por eso sus pupilas van tomando esa tracomatosa palidez...

—¿Ciego? — rugió Silverton.

—No... Preferí inutilizar sus armas de seducción... Sus ojos ya no volverán a tener su fascinación, su brillo metálico... Conocerá usted ahora la tortura de los celos, cuando se vea usted desdeñado por la mujer que ame...

Maurice de Louissaye se interrumpió, estupefacto. Silverton había dejado caer al suelo su revólver, ¡y sonreía! Sonreía con una sonrisa interior de extraña dulzura...

Sonó de pronto el timbre del teléfono. Antes de ir a atenderlo, el francés recogió del suelo el arma de Silverton, que al verse libre de la mano del otro, sin apenas mirarlo, fué a sentarse en un sillón, encendiendo con toda calma un cigarrillo.

Maurice descolgó el auricular:

—Sí, soy Paul — dijo. — Vengan...

Entonces el francés escuchó de Silverton estas palabras:

—¡Cuánto tendré que agradecerle el que haya privado a mis ojos de sus duros fulgores! Su fascinación hipócrita, con haberme procurado la conquista de bastantes mujeres, constituía mi tragedia. Ellas me temían más que me amaban. Con ninguna, ni con Florencia, con desearlo tanto, conocí nunca la sensación de ser amado, sin alucinados terrores. No sé de verdaderas suavidades femeninas. La medrosa sugestión que mis miradas les producían, cercenaba en las mujeres lo que ellas tienen de más bello: la ternura. Este delicado sentimiento no puede dispensarse más que a quien se ama de igual a igual, o a quien se quiere, compadeciéndolo; nunca al que se le tiene miedo. Al que lo causa, se le puede entregar la voluntad, la vida; pero jamás el corazón... ¡Gracias, monsieur de Louissaye! ¡Ahora, al fin, quizá pueda saber lo que es ser amado, y, acaso, hasta conocer la dicha, ¡para mí inapreciable también!, de llegar a ser compadecido!...

En la salita de lectura entró de pronto Lucio Araujo, seguido de Alicia y Florencia, que habían salido del hotel en busca del diplomático, encontrándolo en casa de los Almanza.

Silverton se incorporó, saludándolas con una triste sonrisa. Ambas mujeres, a las que Totona había confirmado la impresión de Araujo, respecto al cambio en la mirada de Silverton, contemplaron a éste con escrutadora fijeza.

La arrogante viuda, sorprendida en el primer instante, trocó su gesto de asombro por una mirada rebosante de dulzura. Alicia, iluminado el rostro en una ancha sonrisa de liberación, se tomó fuertemente del brazo de su novio.

Maurice de Louissaye se alejó de allí, comprendiendo y resignado.

FIN DEL FOLLETIN

En el próximo número:

EL VERTIGO ROJO

NOVELA CORTA DE

HORACIO VARELA

La sencillez CHIC predomina en los MODELOS para NIÑAS



1. — Vestido de tweed jaspeado verde. Pollera en forma. En el cuello y en los puños adornos de piqué de seda blanco.

2. — Elegante vestido de lana bleu. Los bolsillos, el cuello y los puños de satin blanco con un borde de terciopelo azul marino.

3. — Muy sentador este vestido de seda azul marino, adornado con crêpe de chine rojo. Los botones son de galalit.

4. — Vestido de crêpe de lana bleu alilado. La pollera cortada en forma tiene dos tablas a un costado. La blusa cierra con botones forrados en el mismo género.

5. — Vestido de reps verde. La pollera cortada en forma está adornada con nervaduras y botones fantasía lo mismo que la blusa.

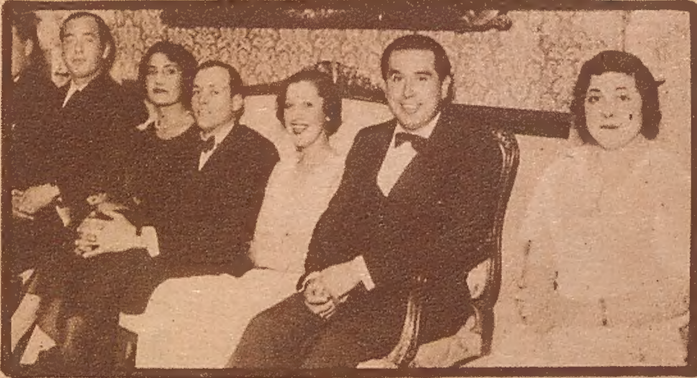
6. — Encantador vestido de gabardina roja. La pechera y los puños son de gabardina blanca adornados con botones rojos.

7. — Vestido de lana jaspeada beige. La pollera es tableada. La blusa está adornada con una flor bordada en seda marrón. Botones forrados del mismo género.

8. — Vestido de lana fantasía. El ruedo de la pollera va cortado en ondas. Adornado con un cuello y puños de piqué blanco.

9. — Saco sastre de paño beige, cerrado con botones fantasía marrones. Cuello de piel marrón.

Fiestas patronales en Magdalena Bs. Aires


Invitados a la recepción ofrecida en el palacio municipal de Magdalena, en ocasión de celebrarse la fiesta de la patrona del pueblo.




Señorita Alda Negri y Miguel A. Busso, en un aparte muy significativo y cordial.


Núcleo de parejas, danzando tangos, durante la fiesta en la municipalidad.


Durante el lunch, ofrecido por las autoridades de la municipalidad, en las fiestas patronales.

Otro núcleo de familias concurrentes a los salones del palacio municipal, en Magdalena.


Señorita Malita Gondra y señor Aníbal Sedarri, en un momento de descanso.


Señorita Magdalena Vila Iriar y señor Raúl J. Cerboni, en amable charla.

Fotografías de Mela.

"*El* DEPORTE, *que* UNE *a los* PUEBLOS *del* MUNDO, *es el medio más* EFICAZ *para combatir las* GUERRAS"

Un reportaje hecho especialmente para MUNDO ARGENTINO por nuestro enviado especial en Los Angeles, Miguel P. Tato



Esta es una vista del formidable estadio en que se están realizando las pruebas de las Olimpíadas, en Los Angeles, hacia donde convergen en estos momentos todas las miradas del mundo deportivo.



A raíz de los incidentes que ocurrieron en la delegación argentina, se hizo cargo de la presidencia el cónsul argentino en Los Angeles, señor Enrique Niese, que aparece en esta fotografía con nuestro enviado especial.

ESTE buen señor de la venerable barbita blanca, que es don Enrique C. Niese, nuestro cónsul en Los Angeles y delegado olímpico al mismo tiempo, me parece que lleva la venerable y blanca barbita para despitar solamente... ¡Porque hay que ver cómo corre este señor!... Si más que un delegado olímpico, parece él mismo un atleta de esos que se devoran las pistas en cuatro trancos.

Aquel día me había prometido lograrme una entrevista nada menos que con el mismísimo Mr. William M. Gartland, el "multimillonario deportista", organizador y presidente de la X Olimpíada, que gracias a su empeño y a sus millones la llevó a su ciudad, Los Angeles, para regocijo y prosperidad de sus compatriotas, quienes hallaron en esta magna y sensacional justa deportiva un maravilloso motivo para realizar excelentes negocios. Yo mismo, que pagaba ahora seis dólares por la habitación de un hotel que un año antes había pagado tres dólares y medio, pude apreciar en bolsillo propio ese repunte financiero...

Entrevistarse con Mr. Gartland era, en verdad, todo un triunfo. No porque fuese el presidente de la Olimpíada, sino por su carácter de multimillonario, director y animador de ciento y una compañías y empresas financieras de distinta índole, aunque casi todas convergentes en la especialidad de su negocio: edificación, administración, compra y venta de propiedades.

Y de su habilidad para el negocio me daba una idea este colosal rascacielos de las calles Nueve y Spring, que abarca una manzana íntegra, con veinticuatro pisos sobre la tierra y cinco debajo de la vereda, esa vereda que, de paso sea dicho, es única en el mundo, pues está embaldosada con mosaicos de goma... ¡Oh, prodigios de la democratizadora inventiva yanqui que hasta logra suprimir los ruidos molestos de los que pisan recio!

Veinticuatro pisos, he dicho que tiene el "Gartland's Building". Y él, el señor Gartland, con sabio criterio de millonario se ha reservado el último, el más alto: el veinticuatro. Como se ve, el hombre, no contento con suprimir los ruidos de la vereda, trató de alejarse lo más posible de los de la calzada...

Debajo del suyo, en los pisos 21, 22 y 23, estaban las oficinas de publicidad y organización de la Olimpíada. Tres pisos con unas trescientas oficinas y casi mil empleados... Que así saben hacer las cosas esos señores norteamericanos: todo en grande, lo mismo en los negocios que en el deporte. Al fin, en todo deporte suele haber algo de negocio, lo mismo que en todo negocio hay algo de deporte.

Nos habían citado a las 9 y 30. Y gracias a la celeridad prodigiosa del ya mentado nuestro cónsul, el de la barbita despistadora..., a las 9 y 27 estábamos en el ascensor del "Gartland's Building", subiendo los 24 pisos a razón de 52 pisos por minuto, como lo especifica un cartelito dentro del mismo vehículo. Yo había llegado con la lengua afuera..., pero hice coraje y cerré la boca. Que es muy peligroso quedarse sin aliento en aquellos ascensores de los rascacielos yanquis en que mucha gente suele desvanecerse.

LAS OLIMPIADAS DEPORTIVAS SON MAS EFICACES QUE LOS CONGRESOS DIPLOMATICOS PARA ASEGURAR LA PAZ DEL MUNDO

Uno de los secretarios de Mr. Gartland nos introduce en el despacho del presidente olímpico, quien nos recibe afablemente, con una sonrisa cordial que se torna más benévola bajo el auspicio de su blanca cabellera.

Su amistad con nuestro cónsul Niese, de quien es compañero de club, me permite abordarlo de inmediato. Por lo demás, Mr. Gartland es un hombre de ideas claras y de palabras más claras aún. Sorprendido de hallarse ante un periodista argentino que antes de la Olimpíada anduviese por la zona olímpica en tren profesional, me expresa complacido su satisfacción de recibirme: soy el primer periodista extranjero que ha ido a verlo. Y me confiesa...

—Créame que no deja de producirme cierta inquietud la perspectiva que se me presenta, de tener que someterme a los mil y un reportajes que me van a hacer sus colegas de todas partes del mundo cuando llegue la gran jornada.

Por mi parte, me limité a aconsejarle que saliera del paso haciendo imprimir de antemano una cantidad de reportajes variados y a su gusto.

Entramos de lleno al tema de la entrevista, y después de preguntarme con mucho interés si la Argentina enviaría un gran número de representantes al torneo, me dice, entre otras cosas:

—Espero que estas Olimpíadas bajo el cielo de América, sean como una nueva afirmación del espíritu joven y pujante de nuestro continente. Espíritu ampliamente deportivo, saturado de cordialidad y de cariño. El mismo espíritu que dentro de no muy largo plazo ha de extender el deporte por todas partes del mundo.

"Porque eso es, precisamente, la significación grandiosa de estos bellos torneos del deporte mundial: la creación de un vínculo afectivo que habrá de conquistar a todos los pueblos de la tierra, uniéndolos y fraternizándolos de manera tal, que concluirá con los odios y rencillas promotores de ese gran flagelo que es la guerra.



William M. Gartland, multimillonario deportista que organizó y preside la actual Olimpíada, afirma en este reportaje que los torneos atléticos internacionales hacen más por la paz del mundo que los congresos diplomáticos y oficiales que se celebran con frecuencia.

(Continúa en la pág. 49)

COMO en TIEMPOS de la CABALA...



El doctor Price, la joven y la cabra en el centro del vasto círculo cabalístico, poco antes de iniciarse la extraña ceremonia, cuyos resultados fueron negativos.



La joven descubre a la cabra, y los circunstantes comprueban, desconsolados, que el animalito sigue tal cual. ¡Ha triunfado Mr. Price!



La joven, símbolo de la virginidad, apaga el fuego antes de someter a la cabra el experimento que habrá de convertirla en una mujer joven y hermosa.

En la cima de una montaña de la vieja Alemania, madre de las leyendas, Mr. Harry Price, del Laboratorio Nacional de Investigaciones Científicas de Londres, acaba de realizar un experimento del que los hombres estaban olvidados y que, sin embargo, tiene tanta importancia como el de la piedra filosofal. Nos referimos a la merced por la cual Fausto le vendió su alma al diablo, o sea la vuelta a la juventud.

Acompañado de varios hombres de ciencia, Mr. Price realizó el experimento para desilusionar a la inmensa cantidad de almas cándidas que aún creen en tal cosa. Con lo que el hombre de ciencia no hizo otra cosa que convertirse en un verdugo de la ilusión...

Pero no hagamos literatura barata y vayamos al grano. Para la prueba en cuestión eran indispensables una muchacha soltera de menos de veinte años, una cabra, igualmente soltera, y una pira ardiendo. La cabra, víctima propiciatoria, fué puesta sobre las brasas y cubierta por un lienzo por la joven, luego que ésta, símbolo de la virginidad, extinguió el fuego. Todo esto en el mismo centro de un círculo cabalístico, lleno de signos misteriosos. Transcurrido cierto tiempo, la joven descubrió a la cabra. Y allí fué la buena. Según todos los libros de magia y la arraigada creencia popular, en lugar de la cabra debía encontrarse una mujer. Pero no fué así. La cabra seguía tan cabra como antes, y, además, un poquito cabrera, por el chiste que le habían hecho. La multitud prorrumpió en una exclamación de desaliento. Y Mr. Price se marchó encantado de la vida.

INDEPENDIENTE también le ganó el desquite a BOCA JUNIORS



Una incidencia frente al arco de Boca Juniors, en la que, merced a un salto, Porta pretende entrar en posesión de la pelota, mientras que Mariani y Juan Evaristo lo obstaculizan para que aquél no pueda cederla a sus compañeros. Fué una jugada en la que Yustrich se encontraba bien colocado y dispuesto a intervenir con éxito.



Un pequeño entrevero frente a la valla defendida por Yustrich, en el que aparecen González, quien no pudo detener la pelota, Piaggio, Mariani y Ravaschino, que está dispuesto a shotear. Yustrich se halla, no obstante, atento a las acciones y en condiciones de intervenir con eficacia.



Los delanteros de Independiente, ya cerca de la valla, y después de haber Yustrich fracasado en su intento de detener la pelota shoteada por Seoane, interviene Juan Evaristo y despeja la situación de apremio, puesto que tanto Bettinotti y Sastre están a la expectativa para rematar el avance de su compañero.



El winger derecho, Penella, en circunstancias que pretende apoderarse de la pelota para iniciar un avance por su ala, mas no logra su intento, por cuanto rápidamente lo acosan sus rivales Fazio, Ferrou y Almiñana, que lo despojaroa prontamente de la pelota, anulando así la acción del delantero boquense.



Una atajada excelente del arquero boquense, quien ante un fuerte shot del hábil Seoane, que dicho sea de paso se anotó los dos tantos con que Independiente se acreditó la victoria. El forward rojo envió su shot a ras del suelo y cayó, mientras que Yustrich también debió arrojarse para detener la pelota.



Cerca del área penal, el diestro centro forward de los rojos, Seoane, recibe un espléndido centro, y, sin titubear, envía con la pierna izquierda un fuerte tiro que Yustrich no pudo evitar, ya que la pelota llegó a la red. El rápido shot de izquierda engañó, por la trayectoria de la pelota, al arquero.



Porta, merced a un centro bajo pasó la pelota a Ravaschino, mas éste no pudo obtenerla, por lo que Seoane trata de apoderarse de ella, cosa que también intenta Juan Evaristo, sin que ninguno de ambos pueda apoderarse de la pelota. Intervino un half boquense y el juego fué entonces al otro sector.



El arquero boquense frente a un ataque peligroso de los delanteros rojos, que actuaron con mucho acierto, se ve obligado a abandonar su arco, en circunstancias que Seoane pretende, a pocos metros de la meta, entrar nuevamente en poder de la pelota, Piaggio lo obstaculiza, a fin de que no pueda rematar el centro enviado por Bettinotti.